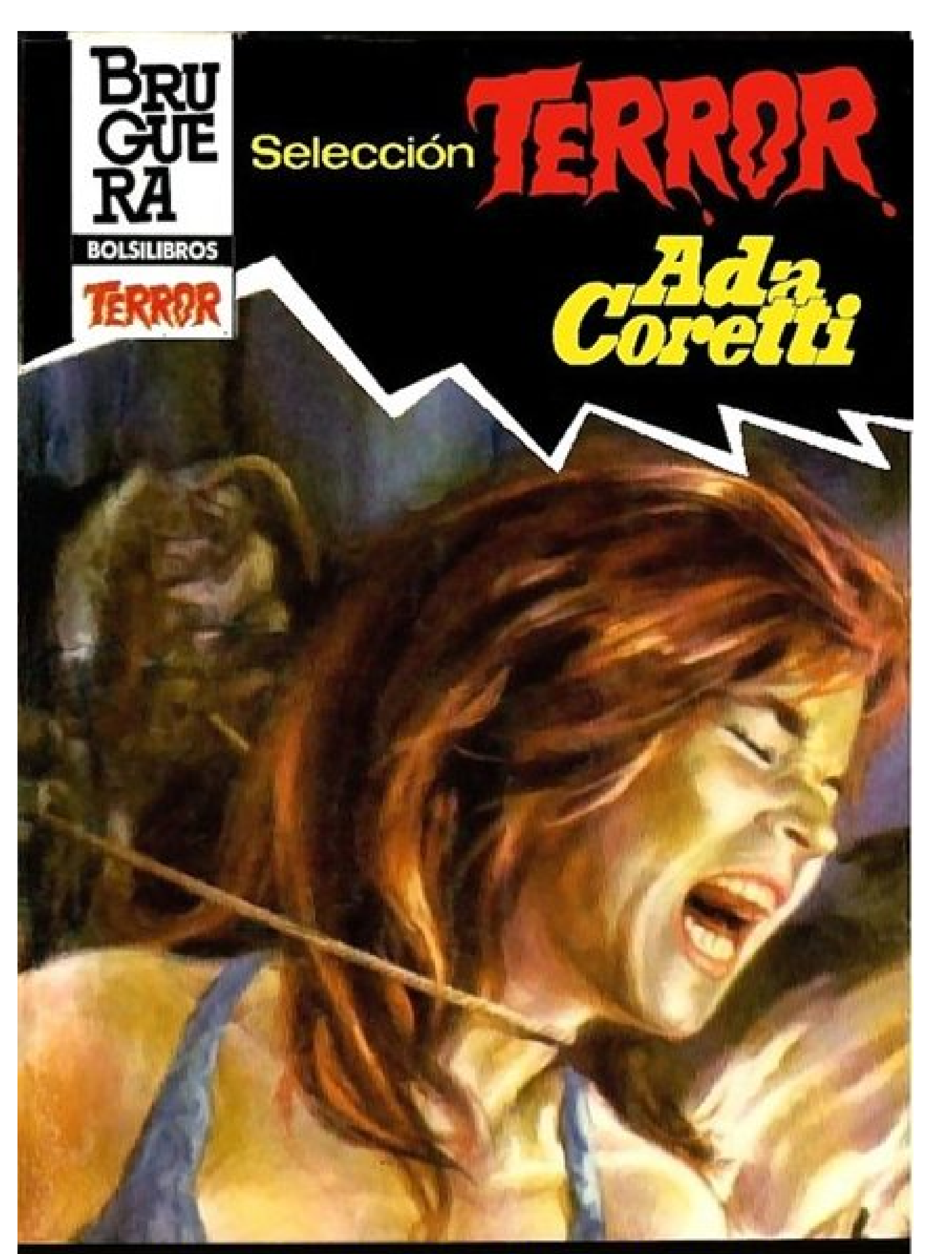

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada Coretti
LA MUERTE PREGUNTA POR TI


BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada Coretti
LA MUERTE PREGUNTA POR TI


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

534 — *La danza de los esqueletos* - Ada Coretti.

535 — *...Y surgieron de la niebla* - Ralph Barby.

536 — *Satán y su familia* - Clark Carrados.

537 — *Olvidados* - Ralph Barby.

538 — *¡Excursión al infierno!* - Joseph Berna.

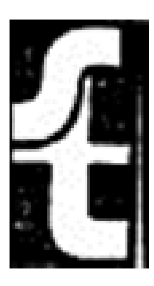
539 — *La mano leprosa* - Curtis Garland.

ADA CORETTI

LA MUERTE PREGUNTA POR TI

Colección SELECCION TERROR n.° 540

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-025064
Depósito legal: B. 18.400 - 1983

Impreso en España —Printed in Spain

1. ª edición en España: julio, 1983
1. ª edición en América: enero, 1984

Camps y Fabrés, 5..Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.** ***A*****.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona —1983

CAPITULO PRIMERO

Cerró los ojos.

Quiso por un instante imaginarse el gozoso, sublime e inenarrable placer que sentiría si fuera verdugo. Si estuviera alzando el hacha en el aire presto a descargar el golpe mortal y si el puesto del reo lo ocupara su esposa Beatrix...

Abrió los ojos.

El viento bramaba con fuerza contra los cristales tras te que él se hallaba, mientras la oscuridad de la noche ensanchaba su tenebroso y negro imperio alrededor de la señorial casa.

Era Lawrence Bibberman, un hombre de unos treinta años, muy obeso, el que miraba hacia fuera, hacia el exterior.

Había visto, pues, cómo Beatrix abandonaba la casa. Convencida de que él había salido, de que tardaría en regresar.

Pero él estaba allí, espiándola.

Y ahora ya sabía que todas sus sospechas eran fundadas, no un mero producto de sus celos y de su imaginación. Estaba claro que Beatrix le era infiel y que aprovechaba todas sus ausencias para reunirse y hacer el amor con el joven guardabosques.

Decidió seguirla. Quería ver con sus propios ojos cómo Beatrix se reunía con su amante.

Cuando llegara ese momento, entonces...

¿Qué es lo que haría entonces?

Lawrence sólo sabía que sentía como si en su cerebro hubiera telarañas, y como si esas telarañas fueran creciendo, entrecruzándose y formando un algo compacto que le impidiera razonar. Además, sabía que siempre había tenido el carácter muy violento.

Hizo lo que había pensado. Salió de la casa y siguió a Beatrix a través del bosque.

Un bosque que Beatrix conocía bien. Por lo menos parecía conocer paso a paso aquel estrecho camino, el que llevaba directamente a la cabaña del guardabosques.

Beatrix tenía una silueta alta, espigada. Sus largos cabellos pelirrojos eran muy hermosos. Sus ojos eran verdes, rasgados, gatunos.

La joven casi corría por aquel camino. Sin duda debía ser el deseo de llegar pronto, el ansia de caer desfallecida de amor en los brazos de Brian Morton. Este era el nombre del guardabosques.

Pero Beatrix, de pronto, se detuvo.

Tuvo la desasosegada y escalofriante sensación de que era seguida. Había oído un leve ruido, tal vez el crujido de una rama al ser pisada.

¿Sería Lawrence...?

Se estremeció. Y quedó expectante, escuchando, queriendo saber si se había sobresaltado sin motivo.

Sólo de pensar que pudiera ser Lawrence, toda ella se convirtió en un tenebroso pozo de angustia y de pánico. Y este pánico, supremo e invencible, acabó helando sus miembros.

Pero no oyó nada y se dijo, respirando ya mejor, que todo habían sido imaginaciones suyas.

Poco después llegaba a la cabaña del guardabosques, cuya puerta encontró entreabierta, viendo que allí dentro había encendida una luz. Una tenue y difusa luz que pendía del techo. Sin embargo, no había nadie.

—¡Brian! ¡Brian! —llamó, alzando la voz—. ¿Dónde estás, cariño mío...? Ven, ven a mis brazos amorosos...

Respingó. No lo habría hecho más bruscamente de Haberle dado un latigazo que pretendiera partirla en dos. Se volvió hacia la puerta.

Había sentido sobre su espalda una mirada fría, helada, gélida como un témpano de hielo. Una mirada que se le había calado hasta la médula de los huesos.

Un grito salió de su garganta a pesar de que sus manos, en rápido gesto, habían pretendido taponar su boca.

—Lawrence... —murmuró, y se quedó tiritando.

Podía ser frío, porque desde luego hada mucho frío, y podía ser de humedad, porque ciertamente hada mucha humedad. Pero se puso a tiritar de miedo. De un miedo desbordante que llenaba todo su interior.

—Sí, soy yo... —contestó Lawrence, que con su apabullante obesidad taponaba materialmente el quicio de la puerta.

—Ya te explicaré... —dijo ella, pálida, desencajada—. Debes escucharme...

—No es preciso —contestó Lawrence Bibberman—. Todo está ya suficientemente claro. ¿O acaso me crees un idiota, un imbécil, un retrasado mental, que va a creerse todas las mentiras que le digas? ¡Pues no! ¡No!

Había una furia tan incontrolada en él, una ira tan desbordada, un furor tan arrebatado, que Beatrix temió lo peor.

—Por favor... —suplicó, jadeante—. Por favor, no te precipites en tus juicios. Si he venido ha sido porque...

Lawrence Bibberman no le dio opción a acabar la frase. Se dirigió a una de las paredes de la cabaña. Allí había sujeta un hacha. La cogió.

La sensación vivida poco antes, al imaginarse un verdugo, podía llegar a convertirse en una maravillosa realidad.

—¡No! ¡Noooo...! —y el chillido de ella alcanzó los más altos tonos de estridencia

Lawrence Bibberman, con su sudorosa y oronda obesidad, airó el hacha en el aire. Frenético e incontrolado su gesto.

Beatrix retrocedió, quedando pegada a uno de los muebles. Y se puso a gemir quejumbrosamente, dominada por el más horrible de los miedos.

Se sentía petrificada, congelada. El horror, el espanto, no le permitían reaccionar.

Y el hacha, ya sin concesiones, cayó sobre ella.

Pero ella, en el último instante, acertó a reaccionar, a moverse, a esquivar el golpe mortal.

Aún así, el filo cortante del hacha la alcanzó.

No le dio en mitad de la cabeza, que era adonde el golpe iba dirigido, sino en el hombro derecho, donde cayó con una fuerza demoníaca.

Con tanta fuerza, con tan terrible violencia, que faltó poco para que el brazo le fuera amputado. El brazo, no obstante, le quedó colgando en medio de un chorro escalofriante de sangre.

En los ojos verdes, rasgados, gatunos, había aparecido una luz de abyecto pavor al tiempo que de su boca se había escapado un grito de infernal dolor.

Lawrence Bibberman siguió poseído por la misma fuerza, por análoga ira, por idéntico furor. Así que volvió a levantar el hacha, cuyo afilado filo rezumaba sangre.

Con todas sus fuerzas lanzó el nuevo golpe. Que esta vez sería el definitivo. Así al menos lo creía.

Pero ella se escurrió por un lado, a pesar de llevar el brazo derecho colgando, y el hacha volvió a dar en el cuerpo de ella, pero no en un lugar vital.

Esta vez el hacha se clavó en un muslo. Con tan desquiciada fuerza que en esta ocasión casi le dejó cortada la pierna.

A partir de ese momento, más y más enfebrecido por su furia, por su ira, por su furor, y mientras la ingente grasa de su cuerpo chorreaba sudor por todos y cada uno de sus poros, Lawrence Bibberman descargó un golpe tras de otro.

Un minuto después, la joven pelirroja, de ojos verdes, rasgados, gatunos, no era más que una masa sanguinolenta que apenas podía reconocerse.

El asesino sólo había respetado su rostro.

Un rostro donde las cuencas se habían abierto tan espeluznantemente que los ojos parecían haberse soltado, despegado. La boca por un lado, en gesto de indescriptible horror, mostraba todos los dientes, toda la dentadura, en medio de unas mandíbulas totalmente abiertas y desencajadas.

Ojos y boca, pues, formaban un conjunto de auténtico espanto.

La terrible excitación, la violenta irascibilidad que había dominado a

Lawrence Bibberman, desapareció de pronto. Y todo su obeso cuerpo pareció quedar relajado.

Pero seguía sudando, tanto y de tal modo, que estaba mojando aparatosamente el suelo.

Allí, en el suelo, su sudor se mezclaba con la sangre roja y caliente de ella.

Comprendió que debía huir. De lo contrario, estaba perdido.

Limpió el hacha. Era preciso no dejar huellas.

Luego salió de la cabaña y desapareció entre los árboles del bosque.

* * *

Unos vecinos de la cercana localidad de Creenwing, que casualmente pasaban por allí, oyeron los gritos de Beatrix.

Se dirigieron hacia la cabaña, queriendo enterarse de lo que sucedía. Y llegaron a tiempo de ver cómo Brian Morton, el guardabosques, salía precipitadamente de allí.

Una vez dieron con el cuerpo sin vida de Beatrix, salvajemente mutilada, ya no lo pusieron en duda. Brian Morton la había asesinado.

El grupo de vecinos se lanzó en persecución del guardabosques, el cual corría y corría. Huía como alma que lleva el diablo.

Sí, el diablo debía llevarle, porque de lo contrario hubiera comprendido que debía detenerse, que debía dejar de correr, y que debía aclarar que él no había cometido aquel crimen. No hacerlo así implicaba necesariamente cargar con todas las culpas.

Pero siguió corriendo, y huyendo, y acabó junto a la vía férrea. En el preciso y fatal instante en que un tren giraba la curva y se precipitaba sobre él.

No pudo evitar el ser arrollado.

Y así acabó todo.

Nadie receló nunca, jamás, de Lawrence Bibberman.

CAPITULO II

Habían transcurrido cuatro años desde los últimos acontecimientos.

Y Lawrence Bibberman, que tras haber sentido unos vivos remordimientos había acabado casi convenciéndose a sí mismo de que fue el guardabosques quien mató a su esposa, actualmente se sentía total y absolutamente feliz. Iba a casarse de nuevo.

Su futura esposa se llamaba Valerie y era una muchacha rubia, robusta, saludable, y también muy sincera, todo hay que decirlo. De ello que le hubiera confesado claramente que no estaba enamorada de él. Había amado a un joven forastero, guapo y apuesto, pero éste le hizo falsas promesas, así que se fue y ya no regresó. Se había casado con otra y tenía ya un hijo. Ella comprendía, pues, que debía encauzar su vida.

A Lawrence Bibberman no le molestó demasiado que ella se expresara en tales términos. Sabía que su exagerada obesidad le hacía poco atractivo a los ojos de las mujeres. En realidad no estaba en condiciones de pedir milagros.

Valerie estaba dispuesta a casarse con él. Eso le bastaba. No pedía más.

Es bien cierto que unos meses atrás se sintió muy atraído por Myrna, la muchacha atractiva, morenita, simpática, que había llegado a la señorial casa de los Bibberman para cuidar y atender a su padre.

Sentado en un ancho sillón ante el fuego de la chimenea, donde los leños trepidaban, Lawrence Bibberman estaba ahora pensando en que le faltó poco para declarar sus sentimientos a la joven y bonita enfermera. Pero se lo pensó mejor y no lo hizo. Presintió que Myrna iba a darle una negativa.

Se alegraba de no haberse precipitado. Había conocido a Valerie y con ella todo había sido más sencillo.

Respecto a la parte económica de su vida, Lawrence también se sentía muy satisfecho. Su padre, cada vez más paralítico, había terminado cediéndole su fortuna. A él y a sus otros dos hijos, Joel y Angela, a partes iguales. Y la tercera parte de la fortuna que había amasado su padre no era ninguna bagatela. Era suficiente, y más que suficiente, para vivir magníficamente el resto de sus días.

Ya sabía Lawrence, lo mismo que Joel y Angela, que aquel dinero tenía que ser para ellos. Pero una cosa era saberlo y otra distinta tenerlo en las manos y poder disponer de él como mejor les apeteciera.

Todo iba bien. Perfectamente.

—Señor...

El mayordomo había entrado en el salón, acercándose a la crepitante

chimenea, el ancho y confortable sillón en que Lawrence Bibberman se hallaba repantigado.

—Dime —pero ni siquiera se tomó la molestia de mirarle.

—Una joven pregunta por usted —te comunicó.

—¡Quién es...? —quiso saber, esta vez volviendo el rostro hacia el sirviente.

—No me lo ha dicho. Pero luego de preguntar por usted, me ha dado esta nota... —y se la entregó.

Con gesto displicente, Lawrence desdobló el papel y leyó lo que ponía. No había encabezamiento ni firma

¿Qué tal, querido? ¡Qué es de tu vida? ¿Aún te acuerdas de mí? Quiero creer que sí.

Lawrence sintió un horrible escalofrío. No podía dudarlo. ¡Aquella era la letra de su mujer, de Beatrix!

Se levantó de un brinco. Al parecer, no le habían pesado los kilos, la grasa amontonada a base de tanto comer. Porque Lawrence Bibberman siempre había comido en exceso. Tal vez porque sus hermanos Joel y Angela habían nacido débiles, enfermizos, y él, el hermano pequeño, creció queriendo no parecerse a ellos.

—¡No es posible! —barbotó tras haber leído aquella insólita y desconcertante nota.

Desconcertante e insólita, no tanto por lo que ponía, sino por la letra inconfundible que la había escrito.

—¿Cómo dice, señor...? — preguntó el mayordomo.

Lawrence tragó saliva. No sin esfuerzo, pues la garganta parecía habérsele taponado. Luego inquirió:

—¿Dónde está la joven que ha traído esta nota?

—En la puerta —dijo el mayordomo—. No ha querido pasar.

Lawrence se precipitó hacia fuera del salón, hacia el amplio vestíbulo, hacia la regia puerta de entrada.

Pero cuando llegó allí, ya no había nadie. Absolutamente nadie.

—¿Dónde está...? —preguntó Lawrence.

—Por lo visto se ha ido —dijo el mayordomo, tras reparar en que la visitante había desaparecido—. Qué extraño, señor.

—¿Cómo..., cómo era esa..., esa... joven? —y tartamudeó de un modo ostensible—. ¿Qué edad tenía?

—Pues unos veintiséis años, más o menos —contestó el mayordomo.

—Pero ¿cómo era físi... físicamente...? —le apremió, y había vuelto a tartamudear.

—Tenía un cabello muy hermoso, largo, pelirrojo. Sus ojos eran verdes, rasgados... —Y añadió—: Parecían los ojos de una gata...

A Lawrence acabó dándole un enorme sofoco, que le hizo quedarse sin respiración. Y únicamente recuperó el aliento, y esto sólo en parte, cuando regresó al salón, se dejó caer en un sillón y se bebió el whisky doble que el mayordomo le sirvió con toda la premura que le fue posible.

—¿Se encuentra ya mejor, señor?

—Sí, sí, puedes retirarte...

Ya a solas. Lawrence volvió a leer la nota que había recibido. ¡Sí, era la letra de su esposa!

Notó la frente mojada y sacó el pañuelo para secarse el sudor. El pañuelo quedó empapado.

Luego intentó tranquilizarse, diciéndose que los muertos no pueden volver a la vida y que todo aquello, en definitiva, tenía que ser la broma de alguien. Una broma, desde luego, de muy poco gusto.

Sin embargo, se trataba de la letra de Beatrix, de su menuda, desigual e inconfundible letra.

Pero tenía un modo de saber con exactitud si era o no la letra de Beatrix. El conservaba las cartas que ella le había escrito cuando eran novios. Siempre pensó que quedaba bien eso de no partirlas en cuatro y tirarlas a la basura, que era lo que de buena gana hubiera hecho.

Salió de la estancia y subió rápidamente la ancha y alfombrada escalera. Bueno, lo hizo todo lo rápidamente que se lo permitió su oronda gordura.

Ya en su dormitorio, buscó las cartas. Sí, allí estaban, sujetas con una cinta de color rosa.

Le bastó ver la letra de los sobres para convencerse de que no se había engañado, que efectivamente se trataba de la misma letra. Pero quiso asegurarse y desplegó una de las cartas.

Y ya con aquellas líneas ante sus ojos, ya no pudieron caberle dudas de ninguna clase. La misma mano las había escrito. Resultaba un hecho irrefutable.

Pero si Beatrix estaba muerta desde hacía cuatro años, ¿cómo era posible que...?

No acertaba en la respuesta.

Llegó un momento, sin embargo, en que Lawrence se dijo que sólo cabía pensar una cosa. Beatrix había escrito esas líneas antes de morir. ¿Por qué motivo...? ¿Con qué objeto...? ¿Con qué finalidad...? Era difícil saberlo. Pero sin duda lo había hecho. Y alguien, ahora, estaba dándole un buen susto.

Se empeñó en convencerse de ello, no de otra circunstancia, y así, de este modo, Lawrence fue tranquilizándose poco a poco.

No obstante, dos días después sucedió lo que en realidad se estaba temiendo. Algo en lo que, bien mirado, m siquiera había querido pensar. El solo hecho de pensar en ello ponía granizado de hielo en la sangre que recorría sus venas.

—Señor... —se le había acercado el mayordomo—. La misma joven del otro día acaba de entregarme este sobre para usted.

—¿Y ella...? —respingó Lawrence—. ¿Dónde está ella...?

—Se ha ido —dijo el sirviente—. Me ha dicho que tenía prisa. No podía esperar.

—¡Dame la carta! —gritó, descompuesto, acalorado.

—Aquí tiene, señor.

—Vete.

—Sí, señor.

Esperó a que el mayordomo saliera de la estancia. Ya a solas rasgó el sobre y sacó el papel que contenía. Las manos le temblaban.

Esta vez, el contenido del sobre sí tenía encabezamiento y firma. También fecha.

1 de agosto de 1982

«Querido Lawrence:

»¿Qué es lo que sientes desde que llegué a la casa y pregunté por ti? Me gustaría saberlo.

»BEATRIX

Volvía a ser la letra de su esposa. Su menuda, desigual e inconfundible letra. ¡Pero lo más terrible, lo más estremecedor era la fecha! Aquella misiva había sido escrita el da antes.

Lawrence se puso a sudar copiosamente. ¡Si Beatrix estaba muerta! Nadie podía saberlo mejor que él, puesto que fue él quien a hachazos acabó con su vida.

Y sin embargo, ahí estaba la misiva, escrita el día antes.

Todo aquello no tenía el menor sentido. Era como para volverse loco. Era como para perder la razón.

Quiso reflexionar. Quiso meditar con calma, con serenidad. Tenía que hacerlo si quería reaccionar de un modo normal.

Pronto decidió lo que tenía que hacer. Acudiría al inspector Tomden, amigo suyo, y le expondría lo que le estaba sucediendo,

Pero ¿era lógico que fuera él, precisamente él, quien acudiera a la

policía? Porque fue él quien mató a Beatrix...

No, no debía olvidarlo. Debía tenerlo muy presente. Le interesaba, antes de dar un solo paso en tal sentido, sopesar bien los pros y los contras que pudieran derivarse de su propia decisión. Lo contrario podía significar una gran equivocación por su parte.

Pero, ¿a qué inquietarse, a qué preocuparse por algo que había sucedido cuatro años atrás? Algo que, a los ojos de los demás, quedó muy claro. Brian Morton había asesinado a su esposa.

Sí, acudiría al inspector y le explicaría lo que le estaba sucediendo. El inspector, amigo suyo, le ayudaría con su mejor buena voluntad.

Estaba con estos pensamientos, cuando Myrna, la enfermera de su padre, entró en la estancia. Iba en busca de unas revistas. Su padre le había pedido que fuera a buscárselas.

—Myrna... —pronunció su nombre, mientras la miraba de arriba abajo,

—Buenos días —le saludó la muchacha, a quien el uniforme le sentaba divinamente—. No le había visto. Disculpe.

—¿Puede concederme un momento...? —le preguntó.

—No faltaría más. Dígame, señor.

—Aún no se lo he dicho a nadie. Usted va a ser la primera en saberlo.

Myrna se quedó a la espera de que Lawrence Bibberman le dijera de qué se trataba.

Cuando se lo dijo, Myrna se quedó pestañeando. Todo aquello era absurdo, ridículo. ¿Que su esposa, muerta ya hacía cuatro años, acababa de escribirle unas misivas? Y la última de ellas con fecha del día antes. Eso no podía ser. No podía ser de ninguna de las maneras.

—Y según el mayordomo, ella personalmente ha venido a traérmelas — repuso Lawrence.

—Señor, eso no es posible, y usted lo sabe tan bien como yo — observó Myrna.

—Sin embargo, las misivas están en mi poder y la letra es idéntica a la de mi esposa. No tengo dudas a este respecto.

—No puede ser —manifestó Myrna—. Convénzase de ello, señor.

—Creo que debo poner en conocimiento del inspector Tomden... —pero se detuvo, vacilando, al recordar una vez más que fue él quien había matado a hachazos a su esposa.

«Bah —se dijo para sí—, todo eso sucedió hace mucho. Además, nadie lo duda, a Beatrix la mató el guardabosques. No tengo por qué preocuparme de nada.»

—El inspector Tomden le dirá que los muertos no escriben cartas, ni hacen visitas, ni preguntan por nadie, ni nada por el estilo —opinó Myrna.

—Sí, claro —admitió Lawrence. No obstante, añadió—: Pero me ayudará a descifrar este enigma Tiene que haber una explicación. Una explicación razonable... —pero se estaba temiendo que las fuerzas del otro mundo, del Más Allá, se hubieran confabulado contra él.

—Avise al inspector, señor. Así se sentirá más tranquilo.

—Sí, voy a hacerlo ahora mismo.

* * *

El coche había recorrido a regular marcha el ancho sendero que conducía a través del bosque hasta la casa de los Bibberman. Dicha casa se alzaba, magnífica, señorial, en una amplia explanada.

El coche se detuvo ante el elegante pórtico de la puerta principal, apeándose un joven de elevada estatura, correctamente vestido. Era un tipo muy viril de expresión seria, pétrea, donde casi nunca se traslucía lo que pensaba.

Cuando el mayordomo le abrió la puerta, se presentó:

—Soy el inspector Jerwell... Allan Jerwell. El señor Bibberman me está esperando.

Cuando Lawrence se vio ante el recién llegado, se mostró asombrado y confuso. Esperaba a su amigo el inspector Tomden.

—El nuevo inspector soy yo. Ha tenido que ausentarse, ¿sabe? Hasta su regreso, seré yo quien cubra su puesto. Aquí tiene usted mi documentación.

Acto seguido, Allan Jerwell quiso saber el motivo de que le hubiera mandado llamar. No era un hombre a! que le gustara perder el tiempo.

—Verá usted, he recibido unas misivas... —Lawrence se atragantó al empezar a hablar.

—Le escucho —con estas dos simples y únicas palabras le indujo a proseguir.

—Unas misivas incomprensibles... —prosiguió diciendo.

Esta vez no se atragantó y se lo refirió todo. Le sabía mal que no se tratara de su amigo el inspector Tomden, pero estaba claro que ya no podía elegir. Iba a ser con aquel joven de mirada aguda, penetrante, poco dado a sonreír, con quien iba a tener que entendérselas.

Ya explicado todo, la respuesta del inspector Jerwell no se hizo esperar:

—Alguien de su familia pretende gastarle una broma. O quizá sea algún amigo, o conocido. No puedo imaginar otra cosa.

—Estoy asustado —reconoció Lawrence—. Muy asustado. Se trata de la misma letra... y como si esto fuera poco, esta segunda misiva fue escrita ayer

mismo... La fecha lo indica bien claramente...

—Per, bueno —quiso puntualizar Allan Jerwell, el nuevo inspector—, su esposa murió hace cuatro años, ¿no es eso lo que me ha dicho?

—Sí, asesinada —asistió Lawrence—, La mató un tal Brian Morton. Era nuestro guardabosques.

—¿Vio usted el cadáver? ¿Era ciertamente su esposa? —e inquirió seguidamente—, ¿No caben errores de ningún tipo?

—En absoluto —aseguró—. El asesino mutiló horriblemente el cuerpo de mi mujer, pero respetó su rostro. Todos pudieron ver que aquélla era mi esposa.

—Pues bien —dijo Allan Jerwell, y dio la sensación de sentenciar definitivamente el asunto—, si su esposa está muerta, no ha podido escribir nada... Los muertos se quedan donde se les deja y de ahí no se mueven. Con el tiempo se convierten en polvo. Esto es todo lo que hacen.

—Lo que usted me está diciendo ahora, me lo he dicho yo antes a mí mismo... Pero mire esta carta —se la mostró—. Me la escribió cuando éramos novios. Examine la letra, es idéntica a la de las misivas. Por lo demás, creo que ha sido «ella» la que ha venido a traérmelas.

—«Ella» no ha podido ser —aseguró el inspector Jerwell—. Hemos quedado en que su esposa murió asesinada.

—Sí, sí —afirmó Lawrence, muy sofocado, todo el rostro congestionado —. Pero el mayordomo me ha dicho cómo era la joven que llamó a la puerta y le entregó las misivas, y de ello deduzco que..., que... —pero se quedó sin concluir la frase.

—¿Cómo era físicamente su esposa? —quiso saber el inspector.

—Alta, espigada, con el cabello largo, pelirrojo. Sus ojos eran verdes, rasgados. Parecían los de un gato... —y acababa de repetir la definición que le hiciera el mayordomo.

—Como comprenderá, esas características físicas no son nada fuera de lo normal. Y si alguien le está gastando una broma..

—De eso, de una simple broma supuse en un principio que se trataba —reconoció Lawrence—, Pero empiezo a pensar que se trata de algo más...

—¿Como qué? — inquirió.

—Eso me gustaría saber. Para eso le he llamado a usted, para que lo averigüe. Yo por mí mismo no me siento capaz...

—Bueno —el inspector quiso abreviar—, déjeme esa carta y las misivas recibidas. Serán debidamente examinadas.

—De acuerdo. Aunque yo estoy ya convencido de que se trata de la misma letra.

-—Debo estar convencido yo. Por lo demás —puntualizó—, es preciso

saber cuánto tiempo hace que están escritas. Los peritos se encargarán de ir más allá de una simple comprobación caligráfica.

—¿Quiere decir...?

—Que puede tratarse de la misma letra y de haber sido escritas hace tiempo, cuando su esposa vivía aún...

—He pensado en eso. Pero ¿por qué iba ella con antelación a..., a...? ¿Con qué pretensión iba a..., a...?

—De buenas a primeras la idea resulta total y absolutamente absurda —convino el inspector—, pero pudiera darse ese caso, hemos de admitirlo. Pero puede también darse otro caso, que la tinta sea fresca y eso demuestre que las misivas han sido escritas recientemente. En tal coyuntura me vería obligado a tomar ciertas medidas... Pero todo a su debido tiempo, señor Bibberman. Ahora le agradecería —terció— que me presentara a las personas que viven en esta casa, bajo su mismo techo. Supongo que están al corriente de lo sucedido.

—Sí, sí —dijo Lawrence—. Primero se lo expliqué a Myrna...

—¿Quién es Myrna? —preguntó el inspector Jerwell, impasible e impenetrable su rostro.

—Es la enfermera de mi padre. Después hablé con mi padre y con mis hermanos Joel y Angela. Por último se lo referí todo a Valerie.

—¿Quién es Valerie? —volvió a preguntar.

—Mi prometida. Vamos a casamos en breve.

—Bueno, preséntеme a quienes viven con usted —desde luego, era un hombre al que no le gustaba perder el tiempo—. Si sólo se trata de una broma, lo más seguro es de que sea uno de ellos quien se la gaste... Con un sentido del humor muy especial, esto hay que reconocerlo...

—Le aseguro a usted —dijo Lawrence, y seguía sofocado, con el rostro congestionado— que nadie de mi familia es capaz de...

—Permítame —le interrumpió— que sea yo quien saque las conclusiones pertinentes.

—De acuerdo.

Poco después, el joven inspector conocía a Joel y Angela Bibberman. El tendría unos cuarenta años y ella unos treinta y cinco. Ambos eran delgados, de mirada apagada, de rostro muy pálido.

«No andan bien de salud», pensó Alan Jerwell apenas les echó encima la primera ojeada.

Después conoció al anciano señor Bibberman. Un hombre de unos setenta y tantos años, que le recibió en su silla de ruedas. Parecía extremadamente preocupado.

Tras el sillón de ruedas. Alan Jerwell vio a una muchacha atractiva,

morenita, de gesto simpático.

—Soy la enfermera del señor Bibberman —dijo ella.

La precisión resultaba innecesaria. El uniforme hablaba por sí solo.

—Encantado —respondió el inspector, y por primera vez, abandonó un tanto su gesto pétreo.

Antes de comenzar a dialogar con ellos, sonó el timbre de la puerta y el mayordomo fue a abrir. Instantes después se presentaba una joven rubia, robusta, de aspecto saludable. Era Valerie.

—Mi prometida.

Alan Jerwell pensó que ya estaban todos y de que era momento de soltar la primera pregunta, así, de pronto, por las buenas.

—¿Alguno de ustedes cree que Beatrix pueda estar viva...?

Todos se quedaron cortados, sorprendidos, perplejos. Por lo visto, se esperaban cualquier pregunta menos aquélla.

El primero en reaccionar fue el anciano señor Bibberman. Lo hizo con estas palabras: —Resulta evidente, inspector, que usted no vio cómo acabó el cuerpo de Beatrix... Su asesino le asestó tantos y tantos hachazos, que quedó materialmente destrozada...

—El asesino —añadió Angela— sólo respetó su rostro.

—Fue horrible —dijo Joel.

—¿Qué me dice usted...? —preguntó el inspector a Valerie.

—De eso hace cuatro años —contestó la rubia muchacha—. Por aquel entonces yo no había conocido aún a Lawrence.

—¿Y usted...? —inquirió de nuevo, esta vez dirigiéndose a Myrna.

—Yo sólo hace un año que atiendo al señor Bibberman.

—Bien, bien, de momento es todo lo que quería saber. Buenos días —y dio media vuelta.

Lawrence le acompañó hasta la puerta.

—Téngame informado, inspector.

—Así lo haré.

CAPITULO III

Cuando veinticuatro horas después Alan Jerwell le informó, Lawrence se quedó más frío que un trozo de mármol.

—La comprobación caligráfica no presenta dudas. Ambas letras son idénticas, exactas. Evidentemente han sido escritas por la misma mano. Por lo demás, la tinta es fresca, reciente...

—¡Pero si mi esposa murió, fue asesinada! —exclamó Lawrence, y de pronto dejó de sentir frío y se puso a sudar—. Yo vi perfectamente su cadáver...

—Y no sólo lo vio usted, sino su padre, sus hermanos, todo el mundo —repuso el inspector, pero sin expresar nada en concreto—. De lo que se desprende, pues, que su esposa no puede estar viva.

—Pero si he recibido estas misivas... —empezó a decir—. ¿Qué tengo que pensar? ¿Qué debo deducir?

—El asunto se presenta bastante complicado —reconoció Alan Jerwell —, Bueno, lo primero que creo que debemos hacer es abrir la tumba de su esposa...

—¿Y eso para qué? —preguntó Lawrence, y aumentaba cada vez más su sudor.

—Para ver si sus huesos siguen en el ataúd.

—Los muertos se quedan donde se les deja y de ahí no se mueven. Con el tiempo se convierten en polvo. Esto es todo lo que hacen. Fueron sus propias palabras, ¿recuerda?

—Es bueno asegurarse.

—Pero no tiene sentido...

—¿Acaso lo tiene que una muerta escriba misivas?

—No, claro.

—Haremos lo dicho y así sabremos algo más. Como sea, no se preocupe, aclararemos este enigma.

—Sí, sí...

—Mientras tanto —agregó Alan Jerwell—, si recibe alguna nueva misiva, procure ver a la persona que se la trae.. Por cierto, su mayordomo es nuevo en la casa, ¿verdad?

Lawrence sintió.

—Sí, claro. De ser un sirviente antiguo habría reconocido a su señora, o sabría que se trataba de una impostora. A propósito —dijo sin más, de un modo que acaloró enormemente al interpelado—, ¿amaba usted a su esposa?

—Sí, la amaba mucho. Pero...

—Pero, ¿qué? —quiso saber, y le estuvo mirando con una fijeza taladrante.

—Ella me era infiel.

—¿Y usted lo sabía...? — preguntó.

—No, no. Lo supe después de su muerte —y todo él era ya un auténtico mar de sudor.

—De haberlo sabido antes —inquirió Alan Jerwell—, ¿cómo habría reaccionado usted? ¿De forma violenta? ¿De forma agresiva?

—No, nada de eso. La hubiera perdonado —contestó Lawrence, y tuvo, lo quisiera o no, que sacar el pañuelo para secarse el sudor—. La amaba mucho, ya se lo he dicho.

—Bueno, la verdad es que nos hemos apartado innecesariamente de la cuestión. En fin, nada más —zanjó—. Buenas tardes.

Alan Jerwell salió de la casa. Junto al portal había dejado detenido su coche.

Antes de acomodarse tras el volante, miró a su alrededor. Resultaba sugestivo el lugar. Sin duda por eso la casa fue edificada en aquel claro del bosque, en aquella amplia explanada.

Se disponía a regresar a Creenwing, la localidad que se hallaba a menos de tres millas de allí. Sin embargo, apenas empezó a recorrer el ancho sendero que cruzaba el bosque y conectaba con la carretera, vio a la muchacha. Y detuvo el coche.

—Hola. ¿Qué tal? — y le sonrió abiertamente.

Myrna pensó que no parecía el mismo. Ya no tenía aspecto de inspector de policía.

—Buenas tardes —respondió.

—Me alegro de encontrarla —dijo Alan Jerwell.

—¿Es que quiere interrogarme...?

—Con sinceridad, preferiría invitarla a usted a dar una vuelta en mi coche. Que, ¿acepta?

—¿No está de servicio?

—Ya no.

—Bueno, lo cierto es que el señor Bibberman me está esperando —se disculpó Myrna—. Es un enfermo muy exigente, ¿sabe? Lo lamento.

Alan abrió la portezuela y salió del coche. Se acercó a la muchacha.

—Porque se retrase un poco no va a pasar nada —le dijo—. Paseemos unos minutos juntos, por aquí mismo, por entre este bosque tan hermoso.

—No le parecería tan hermoso —repuso Myrna— si viera la niebla que hay por aquí cada dos por tres. Es una niebla tan espesa, tan compacta, que todo queda tétrico...

—¿Tétrico? —repitió la palabra—. Me parece que exagera un poco.

—Sí, tal vez sí —convino Myrna—. Puede que se deba a que no me. guste el hecho de que el cementerio esté tan cerca.

—Ah.

—Por ese lado —le indicó un estrecho atajo— se llega al camposanto en unos cinco minutos. Y no sé, pero a mi me da la sensación como si el alma de los muertos que allí reposan merodearan por estos lugares cuando hay niebla. Es una tontería, ya lo sé —reconoció—. Sin embargo, como el anciano señor Bibberman siempre me está hablando de muertos, debe ser por eso que yo...

—Por lo que me dice —repuso Alan—, tiene a su cargo un paciente un tanto fúnebre.

Habían empezado a pasear, mientras el sol desaparecía en el horizonte.

—Antes no era de ese modo, al menos así me lo han asegurado —contestó Myrna—. Pero sufrió un fuerte «shock» cuando su nuera murió a hachazos, y desde entonces...

—Dígame —y Alan, aunque sonriente, volvía a ser el inspector de policía, el hombre dispuesto a esclarecer aquel asunto—, ¿se encuentra a gusto en esa casa? ¿Son amables y respetuosos con usted?

—Como le diría... —vaciló Myrna—. A veces preferiría estar desempeñando mis servicios en otra parte.

—¿Debido a qué? ¿Acaso no le pagan puntualmente el sueldo concertado; ¿Tal vez le pagan poco?

—Oh, no, cobro un buen sueldo y por lo demás me pagan religiosamente. Pero se trata del señor Bibberman...

—¿De! anciano señor Bibberman? —quiso saber.

—No. no. Mi paciente es muy exigente, y a menudo está muy malhumorado, pero por lo demás es atento y respetuoso conmigo, respecto a él no tengo de qué quejarme. Me refería a su hijo...

—Lawrence —puntualizó.

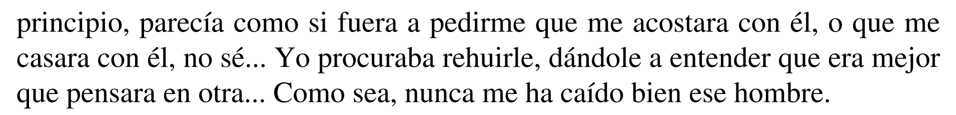
—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—A menudo me mira, ¿cómo le diría yo?, de un modo feo. Usted ya me entiende. No sé, pero para mí hay en su obesidad algo un tanto repulsivo...

—Vaya, vaya —bromeó Alan—, está claro que le gustan los buenos tipos como yo.

—No se trata de eso, se lo aseguro —Myrna se había puesto seria—, A mí no me parece mal que un hombre sea gordo, o que incluso sea obeso, pero en él... No sé cómo explicárselo, hay en ese hombre algo que repele... Puede que sea, lo que le decía antes, cómo me mira... Claro que ahora, últimamente —añadió la muchacha—, desde que la señorita Valerie es su prometida, me dedica menos atención... Lo que sinceramente le agradezco... Antes, al


principio, parecía como si fuera a pedirme que me acostara con él, o que me casara con él, no sé... Yo procuraba rehuirle, dándole a entender que era mejor que pensara en otra... Como sea, nunca me ha caído bien ese hombre.

—¿Qué sabe de su difunta esposa?

—Lo que he oído comentar.

—¿Y qué ha oído?

—Lo que todos saben. Que engañó a su marido con el guardabosques, un tal Brian Morton, y que éste acabó matándola a hachazos.

—¿Qué fue de él?

—Al verse descubierto, perseguido, huyó como un loco y acabó junto a la vía férrea. Allí le alcanzo un tren. Murió en el acto.

—Así, pues, murió sin haber confesado su crimen... —y algo debió darle que pensar, pues Alan Jerwell empezó a rascarse la nuca.

—No hubo tiempo de sacarle confesión ninguna.

—A propósito —preguntó Alan—, respecto a Joel y Angela Bibberman, ¿qué es lo que ha oído comentar?

—Nada de particular.

—Siguen solteros los dos, y sin intenciones de dejar de serlo, ¿no es así?

—Eso parece. Como tienen una salud tan deficiente...

—Se les nota.

No hablaron más, porque de pronto se dieron cuenta de que, aunque apenas se habían alejado del coche, éste yo no se veía.

Se había levantado la niebla.

—Dentro de poco —Myrna le puso al corriente— no se verá a dos pasos de distancia.

—En tal caso tendré que acercarme más a ti —dijo Alan— para no perderme tu irresistible atractivo.

—Resultas un inspector de policía muy poco serio, ¿no lo sabías? —le recriminó ella, si bien con la sonrisa en los labios y devolviéndole el tuteo.

—Ahora no estoy de servicio, ya te lo he dicho.

—Pero me has hecho preguntas lo mismo que si lo estuvieras. ¿O crees que no te he visto venir?

Ya de nuevo junto al coche, Alan la estrechó entre sus brazos. Lo hizo de pronto. Casi tan de pronto como se había levantado aquella niebla.

—¿Te ha besado alguna vez un policía...? —le preguntó.

—No, nunca —contestó ella, sin rechazarle.

—Quizá te gustaría la experiencia, ¿no crees?

—Es posible —sonrió Myrna.

Alan Jerwell la besó.

Y la enfermera pensó que, a poco que ella pudiera, aquel hombre no iba a escapársele.

* * *

Ninguno de los dos se había dado cuenta.

Desde que el sol había desaparecido y la niebla había empezado a campear a sus anchas, alguien les seguía, o mejor dicho, alguien les estaba vigilando.

Ese alguien había salido del cercano cementerio, de eso haría apenas unos cinco minutos, y ahora estaba allí, escuchando lo que hablaban.

Era una mujer.

Una mujer joven que vestía un largo traje blanco, de amplios y vaporosos velos. Cuando andaba los velos se movían, se agitaban, y ella daba la impresión de revolotear.

Esa mujer tenía el cabello muy hermoso, largo y pelirrojo. En cuanto a sus ojos, los tenía verdes, rasgados, gatunos. Pero en su rostro había una palidez cadavérica. Lo mismo que si estuviera muerta.

Más de uno de los habitantes de la cercana localidad de Creenwing, de verla, se hubiera santiguado y murmurado:

—Si es Beatrix... Si es la esposa de Lawrence Bibberman...

Pero allí no había nadie, así que nadie la veía.

Era ella la que miraba al inspector de policía y a la joven y bonita enfermera.

En sus manos llevaba un sobre, como aquel otro que el mayordomo había hecho llegar a Lawrence.

Pero no, en esta ocasión ella no iba a recurrir al sirviente.

CAPITULO IV

Era tarde. Era ya la hora de acostarse.

Joel y Angela acababan de subir la ancha y alfombrada escalera dirigiéndose a sus respectivos aposentos.

En cuanto al señor Bibberman, se fue a su dormitorio, que se hallaba en la planta baja. Así se podía desplazar fácilmente con su sillón de ruedas, sin problemas.

Por lo que se refiere a Myrna, se retiró también a su habitación, que estaba, por descontado, cerca de la de su paciente. De este modo le resultaba fácil atenderle en todo momento.

Sin embargo, Lawrence había optado por quedarse en el salón, a oscuras, sólo con la claridad de la chimenea.

Los leños se habían ido consumiendo, las llamas apenas ya surgían, pero él no sentía el deseo de alejarse de allí. Al reflejo de aquellas brasas, contemplando aquel residuo de fuego, era como si sintiera más agudas e inteligentes sus reflexiones.

Lawrence Bibberman no cesaba de dar vueltas a lo sucedido, al recibo de aquellas misivas. Era todo aquello demasiado inquietante como para echarlo al olvido. Pero ahora, lo dicho, estaba reflexionando de un modo más coherente, más sensato, más razonable, comprendiendo que debía pensar en lo que fuera, en cualquier cosa, menos en personas que vuelven del Más Allá.

No obstante, apenas se convenció de esto, o al menos medio se convenció, cuando Lawrence oyó un ruido al otro lado de la puerta del salón. Un ruido inconcreto, indefinible, que hizo que su respiración se entrecortara.

Con un gran esfuerzo se puso en pie y consiguió dar unos cuantos pasos hacia la puerta. Sin embargo, una vez allí le faltó el valor de abrirla, por lo que se limitó a adosar el oído a la madera.

Oyó que alguien se alejaba.

Intentó tragar la saliva, pero sin conseguirlo. Había un nudo insalvable en su garganta.

En eso, sus zapatos tropezaron con algo que estaba a sus pies. Era un sobre. Quien sea que se había acercado a la puerta, lo había deslizado bajo su quicio.

Se agachó a recoger el sobre, pero todo su cuerpo se hallaba tan agitado que ni un flan hubiera temblado más.

Seguidamente, ya con el sobre en las manos, lo rasgó, y leyó el contenido de la misiva.

Si bien, antes de leerla, tuvo que encender una luz. La chimenea no proporcionaba suficiente claridad.

Mi recordado Lawrence:

> Pronto volverás a tener noticias mías. Entonces te pediré algo... Piensa, mientras tanto, en que no vas a poder negarte a ese deseo mío. Si lo hicieras, irían muriendo los miembros de tu familia hasta que inexorablemente te tocara el tumo a ti. No querrás que eso suceda, ¿verdad que no? Pues empieza a asimilar la idea de acatar mi voluntad.

BEATRIX

Era la letra de su esposa. ¡Su pequeña, desigual e inconfundible letra!

Lo decidió de pronto. Abriría la puerta, saldría, y la alcanzaría...

Sentía un pánico, un pavor indescriptible ante ese mundo desconocido e ignorado de los muertos. Ese mundo que sólo se conoce después de haber traspasado esa espeluznante frontera que aparece ante nosotros cuando el corazón nos da su último latido.

Pero a pesar de su miedo, Lawrence pensó que debía seguir a su esposa, y verla cara a cara, y averiguar...

Ni siquiera sabía lo que pretendía averiguar. Se sentía como si estuviera perdiendo la razón.

Pero si Beatrix no estaba muerta, debía saberlo. Prefería saberlo. Necesitaba saberlo.

Divagaba. ¿Cómo no iba a estar muerta si él mismo la había matado?

Pues si estaba muerta y había logrado huir de su mundo oscuro y tenebroso, prefería también saberlo. Sólo sabiendo la verdad, cualquiera que ésta fuera, podría afrontar los hechos.

Por cierto, ¿qué sería lo que Beatrix querría pedirle? Bueno, lo que fuera se le concedería. Claro que sí. Cualquier cosa porque volviera con sus muertos. Cualquier cosa porque le dejara seguir viviendo tranquilo.

Pero ¿y si le pedía alguna cosa que él no podía concederle? Porque quizá le pidiera que se fuera con ella al otro mundo.

No, no...

Se puso a jadear.

A pesar de todo, abrió la puerta de! salón y salió al vestíbulo. Si quería alcanzarla debía darse prisa.

La vio alejarse hacia la salida. Los velos de su vestido blanco se movían a su alrededor. Ella parecía revolotear.

Estuvo a punto de llamarla, pero no lo hizo. Sabía que la voz no iba a salirle de la laringe.

Ya en el exterior, en la explanada, a Lawrence le recibió la oscura noche y la espesa niebla.

Por un instante se detuvo, vaciló. Pero vio perdiéndose a lo lejos el

vestido de velos y se decidió. Empezó a correr en pos de aquella mancha blanca.

Pero a Lawrence le pesaban demasiado tos kilos para correr con ligereza, de ello que, a pesar de su esfuerzo, el vestido se fuera distanciando cada vez más.

A pesar de eso, aún conseguía no perder de vista a aquel espectro cubierto de vaporosos tules. Bueno, por lo menos sería un espectro mientras no se convenciera de que era Beatrix.

Pero aunque fuera Beatrix, ¿acaso no sería un espectro, o un fantasma, o un ser escapado de ultratumba?

Pasados unos minutos se detuvo sin aire en los pulmones, realmente jadeante. Ya no podía más.

Pero por lo visto habían llegado ya al fin de la carrera, porque el vestido blanco acababa de detenerse. Aunque permanecía de espaldas a él.

Lawrence miró a su alrededor y entonces se dio cuenta de que estaban en el cementerio. Notó como si una ráfaga de frío polar se colase en su cuerpo.

Pensó que debía acercarse a Beatrix, si es que efectivamente se trataba de ella. Mientras siguiera viéndola de espaldas no podría estar seguro de nada.

Se decidió. Avanzó hacia el vestido blanco, deteniéndose allí, ya muy cerca.

—Beatrix... —se atrevió a pronunciar su nombre.

Poco a poco el vestido se volvió.

¡Y sí, Lawrence pudo ver cómo era su esposa la que, entre la oscuridad y la niebla, surgía ante sus ojos! La misma de siempre. El mismo hermoso cabello pelirrojo. Idénticos ojos verdes, rasgados, gatunos. ¡Pero había en su rostro una palidez cadavérica!

—Sí, soy yo, querido... —la voz no le había cambiado. Y esbozó una sonrisa mientras añadía—: Date cuenta, te llamo querido a pesar de que me mataste a hachazos... Fue horrible... No sé cómo fuiste capaz de hacerlo...

—Pero..., pero... —balbució Lawrence, sintiéndose poco menos que al borde de un colapso mortal—. Si te maté, ¿cómo es que ahora..., ahora...?

—No estoy viva —dijo Beatrix—. Estoy muerta. Tan muerta como puedan estarlo todos los que ahora nos rodean.

—Creo que estoy viendo visiones... —Lawrence se frotó los ojos—. Sí, de eso debe tratarse, de meras visiones...

Frotándose los ojos no consiguió desvanecer aquella espeluznante aparición. Beatrix seguía allí.

—¿Has leído mi última misiva? —te preguntó ella.

—Sí, sí...

—Te veo inundado de sudor. Claro, estás muy grueso y has corrido

mucho. Además, debes sentirte muy asustado. Debe ser la primera vez que ves a una muerta viviente, ¿no es eso?

—Pero ¿es cierto que estás muerta? —inquirió sacudiendo la cabeza, aún no creyendo del todo lo que sus ojos veían.

—¿Y eres tú quien me lo pregunta? —Beatrix soltó una risita sobrecogedora—. Sabes de sobras que estoy muerta. ¡Porque tú me mataste! ¡Tú! ¡Tú!

—Me cegaron lo celos —dijo Lawrence, pensando que no estaría de más que se disculpara—. Te amaba tanto... Y al enterarme que tú y el guardabosques...

—No me amabas —repuso Beatrix, cuya palidez lívida, cadavérica, pareció acentuarse—. Fue tu orgullo herido el que hizo que te convirtieras en un asesino. Pero, en fin, olvidemos el pasado y pensemos en el futuro.

—¿En el futuro...? —el sudor caía a chorros por su frente.

—Te lo he escrito en la misiva, ¿no? Voy a pedirte algo. Y tienes que concedérmelo.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres...? —empezaron a castañetearle los dientes, chocando éstos frenéticamente unos contra los otros.

Estaba esperándose algo horrible, espantoso. Algo más del otro mundo que de éste.

Sin embargo, la respuesta fue mucho más de este mundo que de aquél en que ciertas cosas ya no interesan.

La respuesta fue:

—Quiero cincuenta mil libras.

* * *

—¿Qué? —acertó finalmente a hablar.

—Hubiera preferido decírtelo más adelante... Pero, bueno, ya que estamos charlando amigablemente... Pues sí, quiero cincuenta mil libras.

—¿Y para qué necesita tanto dinero una muerta? Porque tú estás muerta... —dentro de él se debatían alocadamente sus encontradas ideas, sus contrapuestos pensamientos, su terrible confusión y todo aquello que, insólito e incomprensible, parecía querer aplastarle.

—No me conformo con la tumba que tengo —contestó Beatrix—, Quiero un gran mausoleo y no aquí, en la pequeña localidad de Creenwing, sino en uno de los cementerios de Londres. Y un mausoleo no se consigue con poco dinero, así que...

—Sabes que no dispongo de la cantidad que me pides —repuso

Lawrence—, Mi padre...

—Tu padre —dijo ella— os ha repartido ya su dinero. Todo a partes iguales. ¿Supones acaso que no lo sé? Pues bien, ahora eres muy rico y puedes darme de sobras la cantidad que te pido. Te aconsejo...

—Es demasiado dinero —protestó. Pero se estremeció, estaba rodeado de muertos y no quería llegar a ser uno más. Se apresuró a añadir—: Bueno, ya veremos...

—Tienes cuatro días para decidirte —dijo Beatrix—. Y ahora vete, ya es tarde, voy a descansar...

—¿Vas a descansar? —y se quedó sin poder tragar la saliva.

—En mi ataúd —Beatrix lo dijo como si nada.

—¿En tu ataúd...? —y la saliva siguió amontonándosele en la boca.

—¿De dónde, si no, crees que salgo? —y en sus ojos verdes, rasgados, gatunos, surgió una sombra extraña en la que pareció revolotear las alas de un cuervo.

* * *

Antes de salir del cementerio, Lawrence reparó en la tumba de Beatrix.

La lápida estaba movida. Fuera de sitio.

—Anda, vete ya —insistió Beatrix—, Y recuerdos a Valerie.

—¿A Valerie? — los dientes empezaron a castañetearle de nuevo.

—Vas a casarte con ella, ¿no? Pues no me digas que no la conoces... Pero antes de casarte deberás darme a mí esas cincuenta mil libras —añadió.

—Es tanto dinero... —pero estas palabras ya no eran ni siquiera una protesta, eran tan sólo un sonido quejumbroso.

—Hemos quedado en que tienes cuatro días para tomar una u otra determinación —zanjó Beatrix—. Buenas noches, querido.

Lawrence salió del cementerio dando tumbos, traspiés.

Lo mismo que si acabara de coger una fenomenal borrachera.

CAPITULO V

El inspector acudió a la llamada de Lawrence Bibberman y lo hizo con esa expresión seria, pétrea, que era habitual en él.

—¿Qué pasa? —preguntó, y no sólo miró a quien angustiosamente le había telefoneado, sino a las demás personas allí reunidas.

Estas eran Joel y Angela. Y el señor Bibberman, en su sillón de ruedas. Y Myrna, la atractiva enfermera del anciano. Y Valerie, la prometida de Lawrence.

En resumidas cuentas, estaban todos. Mejor así.

Cuando Alan Jerwell terminó de escuchar aquel relato, se quedó mirando a Lawrence como si dudase de lo que había oído, o como si en realidad no le hubiera creído ni una sola palabra. Pero lo cierto es que se limitó a decir:

—Si hubiera actuado de otro modo, ahora sabríamos más a qué atenernos...

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lawrence, quien sentía, desde que sus ojos habían visto a Beatrix, como si una garra amenazadora oprimiera su corazón.

—Usted vio a su esposa, ¿no es eso?

—Sí, sí... —asintió Lawrence.

—Entre la oscuridad y la niebla.

—Sí, sí...

—¿Y no se le ha ocurrido pensar —le preguntó el inspector Jerwell— que no estaría de más dar un buen tirón a sus largos cabellos pelirrojos?

—¿Cómo ha dicho? —Lawrence se había desconcertado ante aquella pregunta.

—Puede haberse tratado de alguien que, disfrazándose convenientemente, haya querido hacerle pasar gato por liebre. —Y Alan Jerwell agregó—: Una peluca adecuada, una mascarilla de cera con las facciones de su esposa... En fin, un truco debidamente preparado, ha podido surtir el efecto adecuado...

—Era ella, ella... —aseguró Lawrence—. Además, ¿cómo iba a dudarlo si por las misivas que me ha escrito sabemos ya que no se trata de ninguna impostora? Usted mismo me dijo que la letra era idéntica y que la tinta era fresca... En consecuencia, pues...

—A pesar de todo, yo en su puesto me hubiera asegurado de que los largos cabellos pelirrojos no fueran una mera peluca, y de que la epidermis de su rostro fuera auténtica... Sin embargo, ya es tarde para hacerlo así. Por cierto, me ha dicho que ella acababa de salir de su tumba...

—Por lo menos a su tumba iba a volver. Desde luego la lápida estaba fuera de su sitio... —y seguía sintiendo como si una garra amenazadora le oprimiera el corazón.

—Hablemos de la petición de su esposa —dijo Alan seguidamente—. Le ha pedido cincuenta mil libras para construirse un gran mausoleo.

—Y si no la obedezco —jadeó Lawrence— nos irá matando uno a uno... Como dice en la misiva...

—Intervenga, inspector —repuso Joel, con el entrecejo muy pronunciado, y con peor cara que nunca.

—Ya estoy interviniendo —aseveró Alan—, Pero, desgraciadamente, algunos casos no se aclaran con la facilidad que uno desearía.

—No me gustaría que una muerta acabara conmigo —observó Angela, no sin cierto retintín, pero hacía la competencia a su hermano en lo que se refiere a mala cara.

—Pero ¿Beatrix murió realmente...? —intercaló Valerie.

Lawrence la miró. También la miró el anciano señor Bibberman, aunque éste más enojado que otra cosa.

—Murió a hachazos. Te lo hemos dicho muchas veces.

—Sí, ya sé —asintió Valerie, no atreviéndose a añadir nada más.

—Me ha concedido cuatro días para tomar una decisión —recordó Lawrence—. ¿Qué haría usted en mi lugar, inspector?

—El dinero es suyo — contestó Alan.

—Desearía que me aconsejara —insistió—, ¿Cree usted que debo temer a una muerta...? Porque todos sabemos que está muerta, ¿no es eso? Aunque yo la he visto moverse y hablarme, y para mí que está viva... Por lo menos tiene de viva un cincuenta por ciento...

—No complique más el caso —masculló el inspector Jerwell—. Puede que su esposa esté viva o puede que esté muerta. Pero un cincuenta por ciento de una cosa y otro cincuenta por ciento de la otra, permítame que le diga que es algo que suena a payasada...

—Al menos convenga conmigo — lo de payasada le había hecho sentirse un tanto ridículo— en que es incomprensible todo lo que está sucediendo.

—Sí —afirmó Alan—, en esto tiene usted razón. Pero incluso las cosas más incomprensibles tienen su explicación, por lo que le aconsejo ante todo que no pierda los nervios. Por cierto —lanzó una mirada circular, sobre todos ellos— háblenme de Beatrix. Necesito saberlo todo de ella.

A Lawrence no le gustó oírle decir esto. Escarbar demasiado en el pasado de Beatrix podía significar llegar a los verdaderos motivos de su muerte. Y había sido él, no el guardabosques, su asesino.

Porque Beatrix estaba muerta, y bien muerta, por más que él mismo

pudiera a ratos haber creído lo contrario. Ahora, ahora lo comprendía. ¡Beatrix estaba muerta! ¡Tenía forzosamente que estar muerta!

Pero, claro, se había asustado mucho. Estaban de por medio las misivas recibidas. Se trataba de la misma letra de su esposa y la letra era fresca...

En conclusión, todo aquello estaba resultando un tiovivo desquiciado, descompuesto. Un tiovivo desordenado y enloquecedor.

Iba a necesitar, en resumidas cuentas, mucha sangre fría para no perder la calma.

* * *

—Háblenme de Beatrix. Usted mismo... —y el inspector se volvió hacia el anciano señor Bibberman.

—Era una muchacha muy alegre, siempre con la risa en la boca —contestó el paralítico tras sentir que unos y otros quedaban pendientes de lo que pudiera o no decir—. El día que Lawrence me la presentó, todos mis reparos desaparecieron. Sabía hacerse querer a la primera. Sin embargo...

Se interrumpió, pero ninguno de los presentes dijo nada. Así que, luego de un corto silencio consideró inevitable el proseguir:

—Sin embargo, aún no haría un año de su enlace matrimonial cuando me di cuenta de que Lawrence y ella no se llevaban demasiado bien. Pude intervenir, pero no, no lo hice. Siempre he creído que no es conveniente meterse en la intimidad de los matrimonios. A pesar de eso, en cierta ocasión hablé con mi hijo, previniéndole de las consecuencias poco satisfactorias que podía tener el hecho de no tratar debidamente a la esposa. No es que mi hijo la tratara mal —agregó el anciano—, nada de eso. Pero a las mujeres hay que mimarlas mucho para que se no se escurran de nuestro lado.

Se detuvo de nuevo. Sin que de nuevo ninguno de los presentes dijera nada.

—Lawrence me respondió que no me preocupara, que todo iba perfectamente entre elfos. A veces tenían alguna pequeña discusión, pero eso era todo. Me confesó que seguía queriéndola mucho. Yo dejé de preocuparme, ésta es la verdad. Hasta que un día me aseguraron que Beatrix tenía un amante...

—¿El guardabosques? —preguntó el inspector Jerwell en esta ocasión.

—Brian Morton, sí —asintió el anciano—. Un muerto de hambre al que recogí por compasión, dándole manutención, cobijo y un buen sueldo. Nunca creí que me pagara tan mal. En fin —concluyó el señor Bibberman—, luego sucedió la tragedia. Y ya está todo contado.

—No todo... —repuso Alan—. Me interesa que me diga por qué cree usted que el guardabosques mató a la esposa de su hijo.

—¿Cómo quiere que yo lo sepa?

—Sí, claro. A propósito, ha dicho usted algo... Ha dicho que el día que su hijo le presentó a Beatrix todos sus reparos desaparecieron. —Y a bocajarro —: ¿De qué tenía reparos...?

El anciano se quedó un poco confuso.

—Siempre se siente algún instintivo temor cuando un hijo nos va a presentar a la mujer que ha de compartir su vida, ¿no cree? —y se esforzó por parecer convincente.

—¿Cree usted sinceramente, señor Bibberman, que se refería exclusivamente a eso cuando antes ha dicho...?

El anciano no tuvo tiempo de despegar los labios. Su hijo mayor, Joel, se le anticipó:

—Inspector, si a usted no le importa yo le responderé por mi padre. A él le duele demasiado reconocer ciertas cosas.

—De acuerdo —dijo Alan.

—Verá usted, inspector. Beatrix no era lo que mi padre hubiera deseado. Mi padre quería para Lawrence una muchacha de nuestra clase, de buena familia. Sin embargo, Beatrix tenía unos padres pobres, y borrachos. Ella había tenido que ganarse el sustento por sí misma, desde muy jovencita...

En esta ocasión fue Angela quien interrumpió:

—¿No sería mejor que de una vez se lo dijéramos todo al inspector? —y agregó, por su cuenta—: Beatrix era una prostituta cuando mi hermano la conoció.

—¿Había necesidad de decirlo? —le reprochó Lawrence—. A mí me parece que no.

—A mí me parece que sí —le corrigió Alan. Y puntualizó—: Hágase cargo, es mejor que su hermana me lo haya dicho. Antes o después me hubiera enterado.

—Sí, supongo que sí —asintió Lawrence.

—¿Dónde la conoció usted? —le preguntó Alan seguidamente—: ¿En algún bar...?

Lawrence asintió.

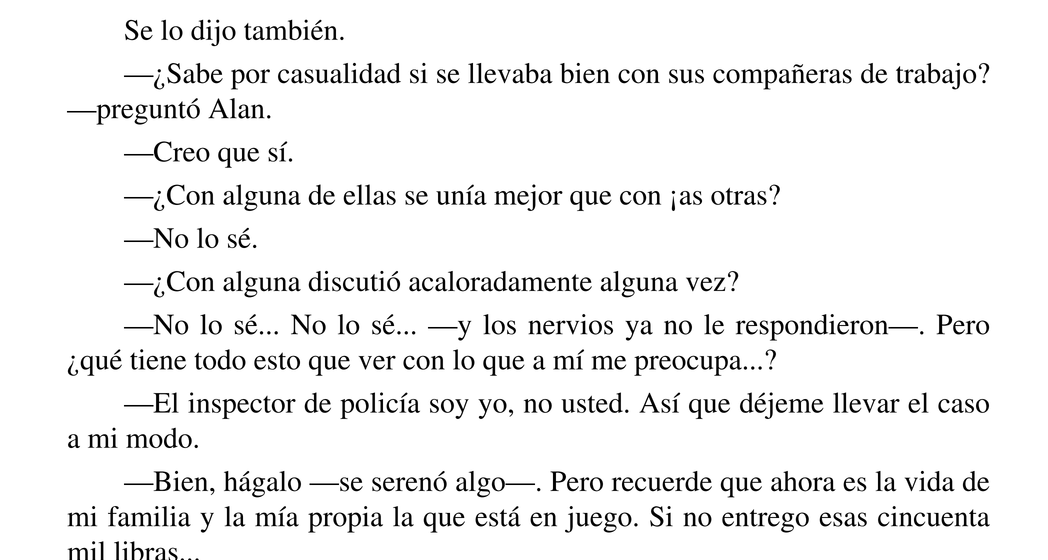
—¿En qué bar? —quiso saber Alan.

—En uno que había en la misma calle donde ella vivía.

—¿Y en qué calle vivía...? —insistió.

Se lo dijo.

—¿En qué número...?



Se lo dijo también.

—¿Sabe por casualidad si se llevaba bien con sus compañeras de trabajo? —preguntó Alan.

—Creo que sí.

—¿Con alguna de ellas se unía mejor que con ¡as otras?

—No lo sé.

—¿Con alguna discutió acaloradamente alguna vez?

—No lo sé... No lo sé... —y los nervios ya no le respondieron—. Pero ¿qué tiene todo esto que ver con lo que a mí me preocupa...?

—El inspector de policía soy yo, no usted. Así que déjeme llevar el caso a mi modo.

—Bien, hágalo —se serenó algo—. Pero recuerde que ahora es la vida de mi familia y la mía propia la que está en juego. Si no entrego esas cincuenta mil libras...

—¿No tiene cuatro días para pensárselo? No está obligado, pues, a tomar una decisión ahora mismo. Prosigamos... ¿Viven los padres de su esposa?

—No —contestó Lawrence—. Su madre murió poco antes de que ella y yo nos casáramos. Su padre falleció hará unos seis meses.

—¿Tenía Beatrix algún hermano?

—No, ninguno.

—¿Y algún otro familiar?

—No.

El inspector Jerwell siguió en la casa durante bastante rato. Aún le quedaban por hacer bastantes preguntas.

Cuando el interrogatorio hubo finalizado y se despidió, todos respiraron aliviados.

—Yo le acompaño —se ofreció Myrna.

Ya en la explanada, junto al coche, Alan dejó su gesto pétreo, inescrutable, y animó su rostro con una sonrisa.

—Te veo hecha un lío. No entiendes lo que pasa y los demás te están pegando el miedo.

—Sí —reconoció ella—. ¡Es todo esto tan fuera de lo corriente, de lo normal! ¿Sabes una cosa?, si no fueras tú el inspector que lleva el caso, me despediría de este empleo y me marcharía ahora mismo.

—Me siento muy halagado por lo que acabas de decir.

—Dime, ¿tienes ya alguna pista?

—Me gustaría tenerla.

CAPITULO VI

En medio de la oscuridad del salón, el reloj había dejado oír las campanadas de medianoche.

Todos se habían retirado a descansar.

Menos Angela. Ella había preferido quedarse un rato más.

Y no supo por qué, pero las campanadas del reloj le parecieron tétricas, casi fúnebres.

Aunque, en realidad, no le asombró demasiado que su sonido la sobrecogiera. Desde que su hermano había recibido aquellas misivas, todos estaban, y ella la primera, como si les pincharan.

Iba a pensar un poco en todo ello. ¿Qué explicación, porque sin duda la había, podía encontrarse a una situación tan anómala, tan extraña, y a la vez tan espeluznante?

De un modo maquinal había mirado hacia el ventanal, viendo que a través de los cristales y de las cortinas se filtraba bastante claridad. Por lo que pensó que debían haber estrellas en el cielo, y se levantó del sillón situado cerca de la chimenea, encaminándose hacia allí.

Pero cuando buscó el cordón de las cortinas, para impulsarlo hacia abajo y descorrer así las mismas, se quedó asombrada.

O más que asombrada, porque el cordón no estaba, y no sólo eso, resultaba evidente que había sido cortado con unas tijeras, o tal vez con un cuchillo.

A Angela le hubiera gustado llamar al mayordomo y pedirle una aclaración. Pero era medianoche y no era el momento de molestar a nadie. Hablaría con él al día siguiente.

De nuevo acomodada en el sillón, se dio cuenta de que, en lugar de pensar en su cuñada resucitada, sus pensamientos se iban hacia el cordón de la cortina. Que había desaparecido inexplicablemente. ¡Qué cosa más rara! ¿Quién podía haber hecho una cosa así, tan sin sentido, tan tonta...?

Si sus pensamientos eran una pregunta, lo cierto es que la respuesta no tardó en llegar.

Y fue una respuesta tan súbita, tan inopinada, tan electrizante, que en un principio se quedó como congelada.

Acababa de ver ante sus ojos, cogido por unas manos de dedos engarfiados, el cordón de la cortina

¿Qué podía significar aquello? ¿Quién, tras ella, le estaba mostrando el cordón...?

Se sintió arrollada por la intensidad de su asombro y de su miedo. O mejor dicho, por el terror que experimentó.

Porque su miedo se había convertido en auténtico terror al ver que el

cordón se le enroscaba al cuello.

Y se le enroscó de un modo desquiciado, frenético, que evidentemente pretendía acabar con ella antes de darle tiempo a respirar dos veces seguidas.

Intentó girarse y ver quién se hallaba alevosamente a sus espaldas. Pero el cordón apretaba salvajemente y apenas pudo mover el cuello.

Se quedó, pues, sin ver a nadie. Aunque le pareció distinguir un vestido blanco, de amplios y vaporosos velos.

Pero, claro, era lógico que creyera distinguir eso. ¡Estaba convencida de que era Beatrix la persona que pretendía acabar con su vida!

El cordón apretaba su cuello de una forma desalmada, brutal, implacable.

Angela llevó hacia allí sus manos, intentando con sus dedos aflojar la demoníaca presión.

No lo consiguió.

El cordón seguía inexorablemente su tarea. La fuerza de la persona que lo manipulaba no daba opción a nada.

Tal vez, sin embargo, no tuviera su asesino tanta fuerza como Angela le atribuía. En realidad era ella una mujer frágil, débil, enfermiza, sin energías para nada. Ni siquiera para defenderse de las acechanzas de la muerte.

Empezaba a faltarle el aliento.

El rostro se le estaba poniendo rojo, amoratado.

Se precipitaban más y más los latidos de sus sienes.

Abría ya la boca, buscando desesperadamente una bocanada de oxígeno.

Y la presión del cordón se hacía cada vez más férrea, más implacable.

Empezó a patear, primero levemente y luego con verdadera violencia.

Entretanto, toda ella sufría sacudidas convulsas, y sus ojos se iban desorbitando, expresando ese terror, ese espanto, ese pavor que tenía metido en el cuerpo.

Había querido gritar. Desde el principio. Por descontado que sí.

No había podido hacerlo. El cordón había impedido el paso de todo sonido. Lo había ahogado en su garganta.

Poco después, las piernas de Angela dejaron de patear. Quedaron asimismo inertes los brazos.

Los ojos habían quedado terriblemente desorbitados. La lengua, azulada e hinchada, asomaba entre los labios.

Ya no existían latidos en sus sienes.

Qué duda cabe, el cordón había acabado su tarea. Se aflojó.

Quien hasta entonces lo había sujetado, se acercó a la chimenea y lo arrojó allí.

Apenas quedaba fuego.

No obstante, en seguida se chamuscó. Eso bastaría para que nadie pudiera encontrar huellas dactilares.

* * *

Lawrence no podía conciliar el sueño. No hacía más que dar vueltas en la cama Por lo que decidió levantarse, ponerse la bata y salir de su dormitorio.

Al poco bajaba la alfombrada escalera y se dirigía al salón, donde, al llegar, no se molestó en encender la luz.

Tampoco se acercó a la chimenea. Ya ni siquiera quedaban brasas.

Se sentó en un sillón que había junto al mueble bar, tras haberse servido un whisky.

Ya lo apuraba, cuando tuvo la sensación de que no se hallaba solo, de que alguien le estaba haciendo compañía.

Se estremeció, pensando en Beatrix.

¿En quién, si no, iba a pensar...?

Se recriminó a sí mismo por no haber encendido la luz. Pero abrió mucho los ojos, miró a su alrededor, y al acostumbrarse a la oscuridad se convenció de que allí nadie respiraba.

Desde luego, la oscuridad era relativa. Entraba bastante claridad por el ventanal, a través de los cristales y de las cortinas.

En eso arrugó la nariz. A su olfato llegaba un olor muy especial.

Terminó de tomarse el whisky y optó por levantarse y por ir en pos de ese olor que le llegaba. ¿De dónde?

De la chimenea. Era un olor a quemado, a chamuscado.

Junto al fuego que se había convertido ya en cenizas, vio que algo había quedado a medio consumir.

Se inclinó, reparando en que se trataba de un cordón. De los que había en las ventanas de ¡a casa para correr y descorrer las cortinas.

No llegó a sacar ninguna conclusión. Se dio cuenta de que había alguien en el sillón que se hallaba más cercano a él. Como había avanzado con la vista puesta en la chimenea no había visto nada hasta ese momento.

Era su hermana Angela quien estaba allí. Con los ojos desorbitados y la lengua fuera. Abiertas y estiradas las piernas, inertes los brazos. Totalmente inmóvil.

¡Muerta!

Lawrence soltó un grito de increíble horror, de desbordado pánico. Un grito fuerte, agudo, desgarrador, que vibró en toda la casa de un modo realmente tremebundo.

Poco después todos se hallaban allí. Alarmados por aquel grito que les había hecho temer algo horrible.

Y no se habían equivocado.

Ahí estaba el cuerpo de Angela, sin vida, espeluznantemente desorbitados sus ojos, macabramente abierta su boca, grotescamente visible su lengua y siniestramente inmóvil su cuerpo.

—¡Avisemos a la policía! —exclamó el anciano señor Bibberman, que había llegado hasta allí en su sillón de ruedas.

—Ya es tarde para que nadie le devuelva la vida... —musitó Joel, con profundas ojeras alrededor de los ojos.

—Hemos de pensar —dijo angustiosamente Lawrence— en que después de ella puede llegamos el turno a nosotros...

—¿Quién ha podido hacerlo? —inquirió Myrna, sin terminar de comprender lo que había sucedido.

—¿Quién...? —Lawrence la miró con sarcasmo—, ¡Vaya salida! ¡A estas alturas! —pero ni él mismo estaba seguro de lo que decía.

—Beatrix, ¿verdad? —preguntó Joel—, Estás convencido de que ha sido ella...

—Una vez notifiquemos el hecho al inspector —dijo el anciano señor Bibberman— a él le corresponderá... —pero no acabó la frase, aquella muchacha muerta era su hija y los sollozos se le atravesaron.

—Me concedió cuatro días —musitó Lawrence, envuelto en el torbellino de sus encontrados temores y de su creciente miedo—. Me concedió cuatro días para decidirme.

* * *

Acababa de repetírselo a Alan Jerwell, al inspector que llevaba aquel caso. El cual se había presentado en la casa lo antes posible.

—Me concedió cuatro días para decidirme...

—Y sin embargo —repuso Alan— ha cometido su primer crimen antes de finalizar el plazo otorgado.

Apenas dicho esto, empezó a buscar en el salón. Necesitaba un mínimo detalle, un pequeño pormenor, lo que fuera, algo que le llevara a sacar conclusiones lógicas y normales.

Seguro que hallaría algo. Raras veces, tras un crimen, no queda una huella comprometedora.

Junto al respaldo del sillón donde se hallaba el cadáver, se detuvo unos segundos. Era como si hubiera encontrado algo de interés. Pero no comentó

nada con los dos policías que le habían acompañado.

—La han estrangulado —dijo Alan poco después—. Queda bien visible la marca en el cuello...

Ya junto al ventanal, había de volverse hacia todos, haciendo constar:

—Aquí falta el cordón. Sin duda fue usado para estrangularla...

—El cordón está aquí, inspector —dijo uno de los hombres—. El fuego no ha terminado de quemarlo.

—No va a servimos de mucho este hallazgo —rezongó Alan tras acercarse y echarle una ojeada—. Está totalmente chamuscado.

—Encuentre al culpable —se oyó, como un ruego desesperado, la voz del anciano señor Bibberman.

—Cuente con ello —le prometió Alan.

—¡Ha sido Beatrix! ¡Ha sido Beatrix! —exclamó Lawrence, tal vez queriendo recordarles que ella, sólo ella podía ser la culpable.

Quería sujetar sus nervios, pero todo era inútil. Se le escapaban, se le rompían. ¡Aquella situación no había quien la aguantara!

—¿Cómo puede estar tan convencido de que ha sido Beatrix — inquirió Alan— si usted mismo aseguró, lo mismo que los demás, que murió a hachazos? Y si murió, ella no ha podido ser... No divague, eso sólo ha de hacer mayor la confusión.

—¿He de recordarle una vez más, inspector, las misivas que he recibido? A juzgar por esos escritos, mi esposa está viva...

—Mientras no demos con una explicación razonable, todo lo que podemos pensar no resulta válido —dijo claro y contundente el inspector Jerwell—, ¿De acuerdo?

Poco antes de que llegara la ambulancia para llevarse el cadáver para su correspondiente autopsia, el inspector se dirigió hacia donde se hallaba Myrna.

La muchacha estaba en aquel momento alejada de los demás, así que nadie iba a oírles. Le habló sin ambages.

—Procura no separarte del señor Bibberman. Estarás más segura.

—¿Quiere decir —inquirió ella— que también yo estoy en peligro?

—Por si acaso. Verás, se trata de...

No pudo proseguir. Joel les había visto hablando y se les había acercado.

—¿Cómo habrá podido entrar el asesino en la casa? —preguntó Joel—. ¿Ha pensado en eso, inspector?

La respuesta de Alan Jerwell fue:

—Yo pienso en todo.

CAPITULO VII

Era mediodía y hacía un día relativamente apacible.

Todos habían acudido al cementerio. Incluso el anciano señor Bibberman, el cual se trasladó del coche a su sillón de ruedas y ahora estaba allí, como uno más, esperando que se abriera la tumba de Beatrix.

Habían encontrado la losa bien colocada, debidamente ajustada, pero sin el cemento que lógicamente debía estar taponando sus rendijas.

Faltaba ya poco para que el ataúd fuera abierto y a Joel se le veía tan lívido que parecía que de un momento a otro fuera a desvanecerse.

Lawrence, por el contrario, se hallaba congestionado, sanguinolento.

En cuanto a Valerie, la verdad es que permanecía un poco retirada, con gesto un tanto aprensivo.

El inspector Jerwell miró a Myrna, cuyas bonitas piernas no daban la impresión de sostenerla muy firmemente.

—Pueden abrir el ataúd —ordenó Alan a los sepultureros.

Estos se limitaron a obedecer, haciéndolo con esa fría naturalidad e indiferencia de quienes están acostumbrados a un mismo trabajo.

Apenas la tapa del ataúd empezó a alzarse, todos contuvieron la respiración. Sobre todo el anciano señor Bibberman. Por lo menos a él se le notó más que a los demás.

Ya abierto el ataúd, que por cierto se había conservado en bastante buen estado, todos se dieron cuenta de que no podía decirse lo mismo del cuerpo que había permanecido allí encerrado.

Sólo se veían los huesos, el puro esqueleto, y jirones de ropa. Eso era todo lo que quedaba allí.

—Creía que íbamos a encontrar vacío el ataúd... —comentó Lawrence, entre dientes.

—¿Vacío...? —inquirió Joel—. ¿Vacío del todo...?

—Sí —respondió.

—Bueno, como verán el cuerpo no se ha escapado —dijo el inspector Jerwell. Y sin más se dirigió de nuevo a los sepultureros—: Pueden cerrar de nuevo el ataúd y la tumba.

—¿Cómo puede saberse que este esqueleto es el de Beatrix? — inquirió Valerie, dando un par de pasos hacia adelante—. Supongo que todos los esqueletos deben ser iguales...

—Hemos ya aclarado algo —dijo Alan—, Respecto a lo demás se hablará a su debido tiempo.

—Y yo, ¿qué debo hacer yo? —inquirió Lawrence—, ¿Debo o no entregar esas cincuenta mil libras a... a... —no acertó a pronunciar el nombre

de Beatrix, porque después de contemplar su esqueleto, hacerlo se le hubiera antojado ridículo como uno de esos espejos que al mirarnos nos devuelven la figura contorsionada. Añadió—: Las horas van pasando y el plazo concedido se acabará pronto...

—Si ese fantasma, por llamarlo de alguna manera, pretende sacarle las cincuenta mil libras —repuso Alan— no será fácil que le mate. ¿Cómo iba a cobrar si acaba con su vida? A este respecto no debe temer nada.

—Pero puede matar a otro de mi familia... —murmuró Lawrence—. A mi hermano... O a mi padre... O quizá, incluso a Valerie...

—Si ha acabado con una vida antes del plazo concedido, podrá acabar con otra aunque usted le pague... Es una deducción lógica, ¿no cree?

—Aquí ya no hay nada lógico —se quejó Lawrence—. Yo ya no sé qué pensar. Todo esto es disparatado, inverosímil, irracional...

—Inspector —intervino el anciano señor Bibberman, enronquecido amenazadoramente el tono de su voz—, quiero que sepa que tengo una pistola, con la debida licencia, por descontado. Y quiero que sepa también que pienso utilizarla si el asesino de mi hija se me pone por delante.

—No es buena cosa tomarse la justicia por cuenta propia —le contestó Alan—. Para detener a quien sea, para eso estamos nosotros.

—Si el asesino de mi hija se me pone por delante —repitió el señor Bibberman— apretaré el gatillo hasta vaciar el cargador,

—¿Sospecha de alguien...? —preguntó Alan, por un momento creyendo que el anciano sabía algo.

—No —aseguró.

—¿Está seguro? —insistió.

—De momento no sospecho de nadie... —y seguía amenazadoramente enronquecido su tono—. Desde luego yo no creo en muertos que vuelven a la vida. La situación es confusa, desconcertante, imprecisa, lo admito, pero de ahí a suponer que el Más Allá nos envía un invitado... —soltó una risita—. De eso nada...

—Entonces —se le había acercado Lawrence—, ¿cómo se explica lo de esas misivas? La misma letra, y la tinta es reciente...

—No encuentro explicación. Pero si doy con el asesino de mi pobre hija no necesitaré explicaciones. Cogeré la pistola, que a partir de ahora voy a llevar siempre conmigo y...

—Y vaciará el cargador —concluyó el inspector Jerwell—. Sí, ya nos lo ha dicho. Y entonces será usted quien tendrá que responder ante la justicia.

—¿Y qué cree usted que puede importarme a mí, enfermo, a mis años — el anciano acababa de interrumpir a Alan—, que la justicia me castigue? Yo habré castigado al asesino de mi hija y todo lo demás me tendrá sin cuidado.

—Padre —era Joel quien ahora se dirigía al anciano—, te ruego que te

calmes, que te serenes.

—Estoy calmado, estoy sereno, no supongas otra cosa —aseguró—. Pero estoy odiando con todas mis fuerzas al asesino de mi hija... —acababan de brillarle siniestramente los ojos.

—Señor Bibberman —intervino Myrna—, !a justicia también castiga. Deje que el inspector actúe...

—Sí, déjele hacerlo —dijo a su vez Valerie—. Ahora bien, yo opino como usted respecto al asesino. No es ningún ser del otro mundo. Lo es de éste.

—Yo quisiera estar convencido de ello —repuso Lawrence.

Era Lawrence, por descontado, el que iba más a la deriva, el que más divagaba, y el que se sentía más terriblemente confundido. Y era lógico que fuera así.

¡Porque era él, no los otros, quien realmente había visto con sus propios ojos a Beatrix! ¡Y porque era él, no los otros, quien realmente mató a hachazos a su esposa!

* * *

En aquella sencilla planta baja vivía la hermana de Brian Morton, el que años atrás fuera el guardabosques de la familia Bibberman.

El inspector Jerwell hizo sonar el timbre y luego esperó a que le abrieran.

Lo hizo un chiquillo de unos siete años, que iba seguido por otros dos, más pequeños.

—¿Qué desea, señor?

Echó un vistazo a su alrededor y se percató en seguida de que en aquella casa las privaciones debían ir a la orden del día. Faltaba pintura en las paredes, los muebles eran pocos y estaban en mal estado, y los chiquillos, por lo demás, vestían muy pobremente.

—¿Quién es...? —había de preguntar seguidamente una joven, asimismo mal arreglada, que asomó su cabeza por el pasillo.

Poco después estaban a solas, en una habitación cuya puerta cerraron dejando fuera a los chiquillos.

La mujer joven, en un principio, se había negado a colaborar. Le dijo a Alan que estaba harta de que todo el mundo considerara un asesino a su hermano cuando ella estaba convencida de que no lo había sido.

Sin embargo, cuando Alan le dijo que él tampoco creía en la culpabilidad de su hermano Brian, todo en la mujer cambió.

—Siendo así —repuso— sí vale la pena remover el desgraciado suceso.

Pregúnteme todo lo que quiera. Le responderé con absoluta sinceridad.

—Empiece por decirme qué clase de persona era su hermano.

—Era bueno, honrado, se lo aseguro a usted. Jamás se peleó con nadie.

—Antes que el anciano señor Bibberman le aceptara como su guardabosques, ¿dónde vivía?

—Aquí, en esta casa, conmigo, mi marido y mis hijos. Pero esto es pequeño, sólo hay dos habitaciones.

—¿Se sentía a gusto con su empleo de guardabosques?

—Sí, mucho —aseguró la joven—. De ello que se sintiera muy agradecido al señor Bibberman.

—¿Cuándo se enamoró de la señora Bibberman...? ¿Lo sabe usted...?

—¡No, mi hermano no se enamoró de la señora Bibberman! —exclamó la joven—. ¡Estoy convencida de ello!

—Eran amantes. Lo asegura todo el mundo.

—Pues todo el mundo se equivoca —hubo énfasis y seguridad en lo que decía—. Unos meses antes de su muerte, mi hermano fue a la ciudad a visitar a una tía nuestra que se había puesto enferma Allí en la ciudad conoció a una muchacha. Se enamoró de ella, él mismo me lo confesó así en varias ocasiones. Y fue precisamente por aquellas fechas —añadió la hermana de Brian Morton, queriendo recalcar la circunstancia— cuando la gente de por aquí empezó a decir que Brian y la señora Bibberman eran amantes... Hágase cargo, si acababa de enamorarse de la muchacha que había conocido en la ciudad...

—¿Qué más le dijo su hermano respecto a esa muchacha de la cual se había enamorado? ¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía?

—Quisiera responderle a esas preguntas, inspector —aseguró la muchacha—. No puedo. Lo cierto es que mi hermano Brian no le gustaba hablar de ella. Decía que lo haría más adelante, cuando pudiera. Pero me aseguró, en varias ocasiones, eso sí, que no tardaría demasiado en presentármela.

—Entonces, usted no puede darme el nombre de esa muchacha, ni la dirección de su domicilio.

—No —contestó—. Y de veras lo lamento, créame. Me hubiera gustado facilitarle el camino hacia esa verdad que dejó oculta la accidentada muerte de mi hermano.

—¿Comentó su hermano con usted lo que la gente de aquí decía? Me refiero a que él y la señora Bibberman eran amantes...

—Sí, hablamos de ello en un par de ocasiones. Brian me aseguró que no era cierto, que sólo se trataba de viles calumnias. Me rogó encarecidamente que le creyera.

—¿Y usted le creyó?

—Sí —afirmó, por descontado que sí. Ya se lo he dicho, mi hermano era bueno, honrado.

—La señora Bibberman murió a hachazos. De ello se desprende que el asesino debía de ser una persona excitable, iracundo, arrebatado. ¿Qué carácter tenía su hermano?

—Muy tranquilo, muy sereno en todas sus cosas. Jamás se alteraba por nada. ¡Se lo juro a usted!

—La creo —dijo Alan al llegar a este mundo—. Sin embargo, no basta con que yo la crea. Para demostrar la inocencia de su hermano, antes he de demostrar la culpabilidad del verdadero asesino.

—Me hago cargo. Sin embargo, tiene usted cara de inteligente...

—Gracias...

—...Y confío en que logre llegar al fondo de todo esto. Parta de la base de que mi hermano es inocente e irá por buen camino. Es todo lo que yo puedo decirle. El resto se lo he dicho ya.

—De acuerdo.

—Hágase cargo, es muy doloroso para mí que el recuerdo de mi hermano haya quedado tan emponzoñado...

—Me hago cargo, desde luego que sí. —Y se despidió, tras decir—: Confíe en mí, aclararé el asunto.

CAPITULO VIII

Volvía a pasarle lo mismo. No podía conciliar el sueño y estaba dando continuas vueltas en la cama

Pero Lawrence, en esta ocasión, no se limitó a ponerse la bata y a bajar al salón.

Se vistió, decidido a salir de la casa.

No le gustaba la idea de enfrentarse a la oscuridad y a la niebla, y a esa muerta viviente que era su esposa Beatrix. Pero sabía, o creía saber, que no podía esconder la cabeza y desentenderse de aquella situación.

Lo mejor que podía hacer era salir de la casa, ir al cementerio en busca de Beatrix y decirle, así que la encontrara, que no matara a nadie más. Le daría las cincuenta mil libras cuando quisiera.

Estaba demasiado nervioso para pensar, para recapacitar con calma. Por lo demás, había pensado ya tanto sobre todo aquello que su mente se hallaba como bloqueada.

Ya con el abrigo puesto, pues era aquella una noche muy fría, salió de su dormitorio sin hacer ruido, girando sigilosamente el pomo de la puerta.

Al poco descendía la ancha y alfombrada escalera. Todo estaba en silencio. No había nadie allí.

Ya fuera de la casa, en la explanada, se levantó la solapa del abrigo. Desde luego, era aquella una noche muy fría.

Se encaminó directamente hacia el cementerio, por aquel atajo que acortaba el camino. Estaba convencido de que allí encontraría a Beatrix. ¿Dónde, si no en el cementerio, se encuentran a los muertos?

Pero Beatrix, según había podido ver por la mañana, era sólo un esqueleto. Unicamente eso. No quedaba otra cosa dentro del ataúd.

Sin embargo, cuando él la vio vestida con aquel largo traje blanco, y de anchos y vaporosos velos, no era un esqueleto. Era, exactamente, la Beatrix de siempre...

¿Acaso, de haber dado un tirón a sus cabellos pelirrojos, éstos se le hubieran quedado en las manos por tratarse de una peluca? ¿Tal vez si hubiera arañado su cara, se habría percatado de que aquello era una mascarilla de cera...?

Recordaba lo que le dijo el inspector Jerwell. No podía dejar de recordarlo.

Lawrence andaba aprisa por el atajo, a pesar de su gordura. Pero había empezado a sudar, y eso que la noche era fría.

Sin embargo, antes de llegar al cementerio, se detuvo. Le había parecido que alguien iba detrás de él.

Se quedó quieto, escuchó, y llegó a la conclusión de que se había

alarmado sin motivo.

Prosiguió su marcha. Estaba decidido a hacer lo que había pensado. Sólo si conseguía calmarse, serenarse, podría regresar a su casa y dormir unas cuantas horas. De lo contrario, se pasaría en vela toda aquella noche.

Ya en el cementerio, cerca de los primeros Cipreses y ante las primeras tumbas, volvió a parecerle que alguien le seguía.

No obstante, volvió a quedarse quieto, volvió a escuchar, y llegó de nuevo a la conclusión de que estaba demasiado nervioso. De eso se trataba. No de otra cosa.

Y a escasos metros de la tumba de Beatrix, dijo en voz alta, aunque no muy alta, pues la voz le flaqueó:

—Estoy aquí... He venido a hablar contigo... Para que nos pongamos de acuerdo...

No hubo respuesta y Lawrence optó por acercarse unos cuantos pasos más a la tumba que, por la mañana, sólo contenía un esqueleto.

Al llegar cerca y ver bien aquello, se estremeció. La losa volvía a estar fuera de su sitio.

Desde luego, la oscuridad era intensa y la niebla persistente. No podía en realidad estar viendo demasiado bien a su alrededor. Sin embargo, era un hecho evidente que la losa de mármol estaba apartada, dejando un buen espacio para entrar o salir.

Y por lo visto, Beatrix había salido...

—¿Estás por aquí cerca, Beatrix? —preguntó Lawrence poco después, tras haber carraspeado un poco—. Quiero hablar contigo... Ahora mismo... Ahora mismo...

Tampoco hubo respuesta. Pero Lawrence estaba convencido de que Beatrix le oía.

—No quiero que te tomes la venganza por tu mano —prosiguió diciendo, alzando un poco más la voz—. Te daré las cincuenta mi! libras...

Como si acabase de pronunciar el Sésamo Abrete, Beatrix apareció ante él. Hasta entonces había permanecido oculta tras unos nichos.

—Aquí me tienes — repuso.

—¿Has oído lo que te he dicho...? —preguntó, soportando, peor de lo que creía, aquella imagen que era como para desquiciar al más cuerdo, al más templado.

—Sí —dijo ella.

Allí estaba Beatrix. El mismo cabello pelirrojo. Idénticos ojos verdes, rasgados, gatunos. ¡Y también la misma palidez cadavérica de su rostro!

Vestía como la otra vez. Un traje largo, blanco, de amplios y vaporosos velos. Apenas hacía el menor movimiento, los velos se movían, se agitaban, y

ella daba la sensación de revolotear.

—Estás de acuerdo, ¿verdad? Yo te traeré el dinero y tú no te tomarás la venganza por tu mano...

—Muy bien —se limitó a decir Beatrix—. A propósito, ¿cuándo me traerás el dinero?

—Cuando tú digas —acató Lawrence.

—Mañana mismo. A esta misma hora —y ella agregó—: Tráeme el dinero en billetes.

—De acuerdo.

—Por cierto —y Beatrix se le puso tan cerca que casi le rozó—, a mí me parece que tú, en el fondo, no crees que sea yo misma... No, no lo crees... Sabes que me mataste y en consecuencia no puedo estar viva... Pero me ves viva y comprendes que no estoy muerta... En conclusión, no sabes exactamente qué pensar...

—No, no lo sé —reconoció Lawrence, que una vez más sentía la sensación de estar al borde de un colapso mortal.

—Pues bien, quiero que te convenzas de que, aunque estoy muerta, soy yo... Yo, exactamente, tu esposa Beatrix... Así que ven... Ven conmigo...

—¿Adónde? — preguntó Lawrence casi sin aliento.

—A la cabaña —dijo Beatrix—, A la cabaña del guardabosques, que desde entonces está abandonada... Allí me mataste a hachazos... Porque me mataste, de eso no creo que tengas ninguna duda...

—No, claro que no —murmuró, sin que él mismo casi se oyera, notando que la cabeza le daba vueltas

—Una vez allí, con la luz encendida, sin la oscuridad de la noche, y sin la niebla, te convencerás de que soy yo misma... No quiero que pienses que soy quizá una impostora... De este modo, una vez que te convenzas de que no hay engaño, me darás el dinero más a gusto. Anda, ven... —y Beatrix le cogió de la mano.

La mano de Beatrix estaba muy fría, casi helada. Aunque quizá fuera que la de Lawrence se hallaba increíblemente sudorosa.

—Esta mañana el inspector Jerwell ha mandado abrir tu ataúd... Sólo estaba tu esqueleto... Y ahora, sin embargo... —y Lawrence sentía que la cabeza le daba vueltas y más vueltas.

—Ahora soy algo más que un esqueleto... Claro que sí, de lo contrario, resultaría una muerta muy poco presentable...

—Tienes un extraño sentido del humor...

Beatrix siguió llevándole de la mano, conduciéndolo hacia la cabaña. Adonde no tardaron en llegar.

—Encenderé la luz —dijo ella, luego de abrir la puerta.

—Si funciona., —contestó él.

—He venido aquí de vez en cuando — le comunicó Beatrix—. Todo sigue como antes...

Acababa de darle al interruptor de la luz. Se iluminó una bombilla que pendía del techo.

Y ante el escenario de su horrendo crimen, sintió como si una culebra de fuego se le enroscara al cuerpo. Fue como si estuviera de nuevo dándole a Beatrix con la fuerza implacable de su hacha.

Sin embargo, Beatrix se hallaba ahora ante él... Y no, ya no la veía entre la oscuridad y la niebla. La estaba viendo con toda claridad, perfectamente.

Y le bastó mirarla un instante, qué duda cabe, para convencerse de que era ella, no había truco posible.

—Tócame el cabello... —dijo Beatrix—. Tócame la cara... Asegúrate de que soy yo...

—Sí, eres tú —contestó Lawrence, convencido, pero por si acaso metió sus dedos entre el hermoso y largo cabello pelirrojo, tirando de ellos.

—Son míos —repuso Beatrix, adivinándole la intención—.

también esta cara es mía... —ella misma le llevó las manos hacia su rostro—. Asegúrate. Así ya no tendrás más dudas...

—No, ya no las tengo — reconoció Lawrence.

—Y también es éste mi cuerpo de siempre —añadió Beatrix—. Voy a demostrártelo... —empezó a desprenderse de su vestido blanco, de amplios y vaporosos velos—. Supongo que recuerdas que en el seno izquierdo tenía un lunar, y otro en la cadera... Pues date cuenta, los sigo teniendo...

Al verla desnuda, y al darse cuenta de que los lunares existían, volvió a sentir que la cabeza le daba vueltas. Ahora precipitadas, vertiginosas. Por un momento temió perder el conocimiento.

Pero el mal rato se le pasó e hizo algo muy distinto a perder el conocimiento. Algo inesperado incluso para él mismo. Fue la suya, desde luego, una reacción puramente animal.

Se puso a acariciar el atractivo cuerpo de Beatrix. Con el mismo lascivo deseo de años atrás.

—¿Qué significa esto, Lawrence? ¿Deseas hacer el amor con una muerta?

—Sigues siendo tan endiabladamente atractiva —fue como si se disculpara.

—Pero estoy muerta... —se lo recordó de nuevo—. No obstante, si quieres, si te empeñas, por mí no ha de quedar. Una buena esposa no debe desatender nunca los requerimientos amorosos de su marido.

Pero en aquel momento se oyó un ruido, fuera, a pocos metros de la

puerta de entrada a la cabaña, y Beatrix se apresuró a ponerse de nuevo el vestido blanco.

—Alguien te ha seguido —te dijo a Lawrence—. Debo irme. Lo haré por la pequeña puerta trasera, así no me verán. Mañana te espero en el cementerio, con el dinero. A la misma hora, ¿eh? Pero tenlo bien presente, debes ir solo, sin la policía pegada a tus talones. Si me desobedecieras, te mataría... Bueno, adiós, querido...

Y salió por la pequeña puerta trasera, siendo materialmente tragada por la oscuridad y la niebla.

* * *

Cuando Lawrence salió de la casa, alguien se dio cuenta de lo que hada.

Fue Myrna, que aún no se había desvestido, que no tenía sueño y que estaba junto a la ventana de su dormitorio mirando hacia el exterior.

Al verle salir, se preguntó adónde iría. Y lamentó de veras que le faltara el valor preciso para seguirle y averiguarlo.

Pero en eso, la muchacha reparó en algo. Cerca de allí se hallaba una sombra agachada, agazapada. Lo mismo que si hubiera sabido que Lawrence iba a salir y estuviera esperándole.

Dedicó su atención a esa sombra, y pronto se convenció de que era el inspector Jerwell en persona quien se hallaba al acecho.

Poco después, vio cómo el inspector seguía a Lawrence. Pero a cierta distancia, tomando todas las precauciones precisas. Por lo visto, se trataba de que Lawrence no se diera cuenta de ello.

Los ánimos que le habían faltado antes de ver al inspector Jerwell, le llegaron en aquel momento. De pronto. Así que Myrna no vaciló ni un segundo y se lanzó fuera de su habitación y asimismo fuera de la casa.

Y ya fuera, echó a correr tras el inspector Jerwell. Lo suficientemente aprisa como para llegar a su lado poco después.

—Hola —dijo, al alcanzarle.

—¿Qué haces tú aquí? —Alan había fruncido el entrecejo.

—Te he visto desde mi habitación. Me ha parecido una buena idea venir...

—No estoy paseando por gusto — repuso él.

—Ya me lo imagino.

—Si Lawrence va a ver a su esposa, no estará de más que yo también le eche un vistazo, ¿comprendes? Pero para eso necesito que ni él ni ella se den cuenta de que les sigo.

—Mi presencia te complica las cosas —dijo Myrna.

—Un poco —reconoció Alan. Pero vio el gesto triste de la muchacha y se apresuró a añadir—: Bueno, si me sigues sigilosamente, no pasa nada.

—Conforme — sonrió la muchacha.

Pero Myrna no supo actuar del todo adecuadamente, y durante el camino, en más de una ocasión, hizo ruido. La primera vez, por culpa de una rama que no había visto. La segunda, ya en el cementerio, a causa de un matojo que pisó sin darse cuenta. La tercera, ya cerca de la cabaña, porque dio un involuntario traspié.

En tales ocasiones, Lawrence se había detenido, había escuchado si alguien le seguía y luego había continuado adelante.

Alan Jerwell había preferido quedarse rezagado, para no delatar su presencia, pero había perdido la oportunidad de ver si Lawrence se encontraba con alguien.

Por eso, ya junto a la cabaña, Alan decidió enfrentarse abiertamente con la situación. Cualquiera que ésta fuera. Ya no quería dar más largas al asunto.

Así que se encaminó hacia la cabaña y abrió decididamente la puerta.

Pero allí ya sólo estaba Lawrence. La silueta vestida de blanco, de amplios y vaporosos velos, había desaparecido.

Alan vio la pequeña puerta trasera de la cabaña y no lo dudó. Por ahí debía haber huido.

Se precipitó hacia allí, convencido de que aún podía darle alcance.

Sin embargo, apenas anduvo unos pasos fuera de la cabaña, un hombre fue directamente a su encuentro. Un hombre joven al que no había visto en su vida.

Y ese hombre, sin que mediara una sola palabra, se lanzó sobre él. Con el puño cerrado.

Alan esquivó el golpe con afortunada agilidad y le respondió con un derechazo contundente de esos que se reservan para las ocasiones especiales.

El hombre cayó hacia atrás y quedó en el suelo aturdido.

Pero sólo durante unos segundos. Transcurridos éstos, sacudió la cabeza y se lanzó de nuevo al ataque.

No consiguió poner fuera de combate a Alan. Ni por casualidad. Sin embargo, consiguió que perdiera tiempo. De eso al parecer se trataba.

Luego, aprovechando la primera ocasión, y antes de que Alan acabara con él, y llevaba trazas de hacerlo, echó a correr. Todo lo rápidamente que pudo.

Como sea que aquello fuera un bosque y como sea, asimismo, que la oscuridad y la niebla estaban de su parte, consiguió su propósito. Huyó sin dejar rastro.

—Con mis torpezas te he estropeado la persecución... —se lamentó Myrna, haciéndose cargo de que actuando en solitario, al inspector Jerwell le hubiera ido mucho mejor—. He sido yo la culpable de...

—Me parece que si —convino él.

—Cuanto lo siento —se puso compungida.

—No te preocupes —dijo Alan seguidamente—. Nos queda Lawrence, que nos contará lo sucedido con toda clase de detalles. Al menos así lo espero.

CAPITULO IX

Lawrence no refirió debidamente lo que le había sucedido. Dijo que había salido de la casa en busca de Beatrix, y que la había encontrado en el cementerio: También dijo que la había visto bien y que se trataba de ella. Ya no podía dudarlo.

Pero lo que Lawrence no explicó, es que a la noche siguiente debería volver al cementerio llevando las cincuenta mil libras en billetes de banco. Esto se lo calló, lo omitió, pues Beatrix había dejado perfectamente claro que no debía llevar a la policía pegada a sus talones.

—Y respecto a las cincuenta mil libras, ¿qué? —inquirió el inspector Jerwell—, ¿En qué ha quedado la cosa?

—En nada —mintió Lawrence—. Del dinero no hemos hablado.

—Entonces, ¿de qué han estado hablando, si puede saberse? ¿Acaso han pasado el rato contándose cuentos? —Y Alan, pétreo el rostro, añadió—: Si me miente, no respondo de lo que pueda pasar, ni a usted ni a los suyos.

—Le he dicho la verdad.

—Me está mintiendo, que no es lo mismo. ¿Y sabe lo que le digo? Que a veces se hacen tonterías que se pagan demasiado caras.

No consiguió que Lawrence se sincerara.

Lawrence había decidido llevar el asunto a su modo. Le entregaría el dinero a su esposa y no se buscaría inútiles complicaciones. Eso sería lo mejor.

—Yo de ti —intervino el anciano Bibberman— diría todo lo que supiera.

—Sí, por favor —dijo Valerie, acercándose a Lawrence—, No te calles nada. Por el bien de todos.

—Compréndalo, callando no conseguirás otra cosa que embrollar más y más este maldito e incomprensible caso —añadió Joel dirigiéndose a su hermano.

—Estáis todos empeñados en que oculto algo, y no es así, os lo aseguro —se defendió Lawrence como mejor supo.

—Usted mismo —zanjó el inspector Jerwell—, Es ya mayorcito para saber a lo que se arriesga. Yo, al menos, ya le he prevenido.

—Esas misivas que recibiste, escritas o no por una muerta —repuso Valerie, no queriendo dejar el tema—, en realidad han pasado ya a un segundo lugar. Ahora está en primera fila el crimen que ha habido, Tenlo presente, Lawrence, y comprende que si sabes algo estás en la ineludible obligación de decirlo. La gravedad del caso lo requiere así.

—Y recuerda también —dijo el anciano señor Bibberman— que ese

crimen ha sido perpetrado en la persona de tu hermana... —y de un modo maquinal, el paralítico llevó su diestra bajo la manta que cubría sus piernas.

Nadie lo puso en duda. Allí tenía su pistola.

—Os aseguro que no os oculto nada —dijo Lawrence, pero se sintió mal.

Por lo menos, no convenció a nadie. De ello, sin duda, que su hermano Joel volviera a la carga.

—No quisiera ser la nueva víctima. Ni que lo fueras tú. Sé razonable y di al inspector todo lo que sabes...

—¡No tengo nada que decir! —exclamó Lawrence—, ¿Cuántas veces será preciso que os lo diga?

—Está bien, yo por mi parte no voy a insistir más —repuso Joel.

—Me voy ya —concluyó diciendo Alan Jerwell—. Si surge alguna novedad, telefonéeme. Ya sabe dónde me tiene.

Myrna no había dicho nada hasta aquel instante. Tampoco lo dijo ahora, miró a Alan como rogándole que volviera aunque no le llamaran.

El inspector debió captar el ruego de aquella mirada, porque ya junto a la puerta, se volvió y dijo:

—De todos modos, pasaré esta noche por aquí. Hasta entonces...

Pero antes de la noche iba a haber un nuevo crimen...

* * *

Serian las cinco de la tarde y hacía un buen día. Brillaba el sol, no había niebla y apenas se dejaba sentir el frío. Era indudablemente un buen día.

Joel había estado en el despacho escribiendo unas cartas, mientras el sol daba en la ventana y ¡legaba hasta su mesa.

Por un momento los rayos del sol le molestaron en las pupilas y punto estuvo de levantarse y correr las cortinas. Pero pensó que ya estaba acabando y que no valía la pena.

De haberse acercado a la ventana, lo que no hizo, se hubiera dado cuenta de que no podía correr ni descorrer las cortinas. Alguien había cortado el cordón. Con unas tijeras o con un cuchillo. De la misma forma que, poco antes de ser asesinada Angela, alguien cortó el cordón de! ventanal del salón.

Pocos minutos después, a Joel se le ocurrió salir de la casa e ir a dar un paseo. Un corto paseo, simplemente para estirar un poco las piernas.

Asá que abandonó el despacho, cruzó el vestíbulo y salió fuera.

Tenía la intención de no alejarse de la explanada. No obstante, la tarde estaba muy agradable y se animó a internarse un tanto en el bosque. Aunque sólo un tanto.

Pero de pronto, se sintió cansado, muy cansado. Lo cierto es que era un hombre débil, enclenque, enfermizo, que no valía para nada.

Era mejor que regresara.

Sin embargo, vio allí cerca un tronco caído y optó por sentarse un rato.

Hasta aquí todo normal.

Pero...

De pronto comprendió que había alguien a su espalda.

Se volvió, consiguiendo ver a la persona que había pretendido sorprenderle. Pero ya para entonces, fatalmente, el cordón que sujetaba las manos asesinas se le había enrollado al cuello. Y lo había hecho de una forma desquiciada, frenética.

Joel intentó -defenderse, pero el cordón le apretaba salvajemente el cuello. Aunque quiso incorporarse, levantarse, las piernas no le respondieron.

Llevó las manos hacia su cuello, intentando aflojar la presión brutal e implacable. No consiguió más que agarrotar los dedos.

El cordón seguía con su demoníaca tarea. No había forma humana de detenerle.

Aunque tal vez no tuviera el asesino tanta fuerza como pudiera estar pareciéndole a su víctima. Pero Joel, lo dicho, era un hombre débil, enclenque, enfermizo, sin energías para nada. Ni siquiera para defenderse de las acechanzas de la muerte.

Se repetía el caso de Angela.

Y se repetía de un modo estremecedor, ciertamente escalofriante.

A Joel empezó a faltarle el aire, la respiración, mientras su rostro habitualmente pálido se tomaba rojo y amoratado...

Latían sus sienes atropelladamente y se abría su boca necesitando dar con una bocanada de oxígeno.

Pero la presión del cordón no otorgaba concesiones de ningún tipo, de ningún género. Resultaba, pues, una presión inexorable.

Joel empezó a mover las piernas, encogiéndolas y estirándolas. Primero levemente y luego con violencia. Aquello era patear.

Poco después sufría contorsiones, sacudidas, espasmos, y los ojos iban saliéndole de las cuencas expresando todo el pavor, todo el horror que sentía.

Había querido gritar. No había podido hacerlo.

Pasado un minuto, las piernas de Joel dejaron de moverse, dejaron de patear. También quedaron inertes los brazos.

La lengua, azulada, hinchada, le había quedado asomando entre los labios.

El cordón se aflojó.

* * *

Había llegado la hora de la cena y el anciano señor Bibberman se mostró disgustado al ver que Joel no comparecía.

—Lo he dicho muchas veces, y ahora lo repito, me gusta que haya orden en esta casa. A la hora de la cena todos debemos estar... —pero no terminó la frase.

Le había asaltado un estremecedor pensamiento. ¿Y si a Joel le había sucedido algo malo?

Lawrence estaba allí, pero aún no se había sentado. Hablaba con Valerie, que aquella noche iba a cenar con ellos. Al ver el gesto de temor de su padre, se preocupó.

—¿En qué estás pensando?

—En nada bueno — reconoció el anciano.

—Respecto a la ausencia de Joel, ¿no es eso?

—Sí.

—No te preocupes, padre —dijo Lawrence—. De un momento a otro le oiremos regresar. Se habrá retrasado involuntariamente...

—Pero, ¿adónde habrá ido? —preguntó el anciano señor Bibberman—. ¿Te lo ha dicho a ti?

—No —contestó Lawrence—, A mí no me ha dicho nada. Cuando le he visto por última vez, estaba en el despacho, escribiendo unas cartas, muy ensimismado por cierto. Ni se ha dado cuenta de que ha pasado ante la puerta.

—Creo que sería mejor retrasar la cena hasta su llegada —aventuró Valerie—. A mí, en estas circunstancias, no va a pasarme bocado.

—A mí tampoco — repuso Myrna.

—De acuerdo —aceptó la sugerencia el anciano.

Le esperaron.

Pero las manecillas del reloj fueron avanzando y Joel no se presentó, como si no existiera.

Y de eso exactamente se trataba. De que ya no existía.

Sin embargo, esto no lo sabía aún su padre. Aunque la verdad es que empezaba a sospecharlo, a temerlo.

—Si dentro de cinco minutos no está de regreso, telefonearemos al inspector Jerwell —repuso finalmente el paralítico.

—El inspector dijo que vendría —recordó Valerie.

—Lo habrá olvidado —opinó Lawrence.

—No, no creo que lo haya olvidado —aseguró Myrna—. Si dijo que

vendría, vendrá, ya lo verás.

Pocos instantes después sonó el timbre de la puerta. El mayordomo fue a abrir. Y por descontado, se trataba de Alan.

—Inspector Jerwell —el anciano fue el primero en hablar—, mi hijo Joel ha desaparecido.

—Por lo menos —murmuró Lawrence— no se ha presentado a cenar.

—¿Tiene por costumbre...?

—No, no —a! anciano le faltó tiempo para hacérselo saber—. Siempre ha sido muy ordenado, muy metódico. No recuerdo que haya hecho nunca lo de hoy.

—¿Y temen que...? — empezó a decir Alan.

—Por favor, inspector, encuentre a Joel —se angustió el anciano.

—¿Dónde creen que puede estar?

—No tenemos ni idea —dijo Lawrence.

—A eso de media tarde estaba en su despacho, escribiendo cartas. Lawrence le vio — repuso a su vez Valerie.

—Telefonearé a mis hombres —manifestó Alan poco después—, Daré orden de que le busquen. Yo, mientras tanto, me quedaré con ustedes, a la espera de su posible llegada.

Lo que pretendía el inspector Jerwell era hacerles unas cuantas preguntas. Al anciano paralitico, a su hijo Lawrence y a su prometida Valerie. No obstante, deseaba hacerlas de un modo sencillo, natural, que no levantara sus recelos. Y quedándose en la casa y haciendo ver que se limitaba a esperar, evidentemente le resultaría más sencillo conseguirlo.

En efecto, no haría aún diez minutos que permanecía en la casa, cuando se presentó la primera oportunidad. Lawrence estaba alejado de los demás. Así que le bastó dirigirse hacia él.

—Teme que su hermano esté muerto, ¿no es cierto? —le interpeló.

—Sí —admitió Lawrence—. No serviría de nada que se lo negara.

—Pero ¿no le dio Beatrix cuatro días para que se lo pensara? — volvió a inquirir.

—Sí —asintió—, Y francamente, no comprendo cómo ha podido matar por segunda vez antes del tiempo concedido... Pero, bueno —quiso tranquilizarse a sí mismo—, quizá sólo se trate de simples temores nuestros y Joel aparezca...

—Esperémoslo. Por lo demás —agregó Alan—. Usted sigue empeñado en no decirme nada más... Hace mal, permítame que insista en ello. Yo debiera estar al corriente, punto por punto, de la vida que van a llevar esas cincuenta mil libras.

—Le aseguro que no... —pero volvía a mentir mal, pésimamente mal.

—Bien, como quiera. Yo no puedo obligarle decir aquello que usted considere que debe callar. Por cierto —terció—, hábleme de su esposa...

Lawrence se puso nervioso, muy nervioso. Una vez más.

En todo momento, y ahora no podía ser menos, le preocupaba enormemente al que el inspector reculara en su pasado. Las secuencias retrospectivas de su vida podían llevarle, lo sabía de sobras, a deducciones muy peligrosas y comprometidas para él.

—¿Qué desea saber? — preguntó.

—Cuando se conocieron, ¿dejó ella de alternar...?

Se había referido a su trabajo de prostituta. Más a las claras no pudo hacerlo.

—Sí —contestó Lawrence.

—Debo entender, pues, que no hubo otro cliente en su vida a partir de ese momento.

—No.

—¿Y cómo solventó ella la parte económica de su vida? —preguntó de nuevo—. ¿De qué vivió a partir de entonces? ¿De lo que usted le daba?

—Sí.

—Pero usted, hasta aquel entonces, no creo que llevara mucho dinero en la cartera. Quiero decir, que en realidad era su padre el dueño de todo, ¿no es eso? Algo muy distinto a las circunstancias que concurren ahora. Su padre les ha legado su fortuna a partes iguales... Y por cierto, habiendo fallecido Angela, su parte les corresponde ahora a usted y a Joel... Si se diera el lamentable caso de que Joel hubiera muerto, todo seria para usted...

—No iba muy sobrado de dinero por aquel entonces —reconoció Lawrence, sin comentar lo últimamente expresado por el inspector—. Sin embargo, ella se las arregló con lo poco que yo le daba.

—¿Tardaron en casarse?

—Apenas tres meses. Pero, bueno, inspector —se impacientó, quizá más de lo que hubiera querido demostrar—, ¿a qué vienen estas preguntas? Estamos preocupados por Joel, por si le ha sucedido algo y...

—Comprendo... —dijo Alan, escuetamente—. Disculpe.

Un rato después, Alan tuvo la segunda oportunidad. Que por descontado no desaprovechó.

—Me gustaría que me dijera si... —se había dirigido a Valerie, a la rubia, robusta y saludable muchacha—, si está usted enamorada de Lawrence.

—¿Enamorada...? —y levantó la mirada—. Con sinceridad, no. Y él ya lo sabe, se lo he dicho lealmente. Hágase cargo —agregó—, su físico no ayuda precisamente a prendarse de él.

—Pero van a casarse en breve.

—Sí.

—Se casa usted por el dinero de Lawrence Bibberman, ¿no es cierto? No se me ocurre pensar otra cosa.

—El dinero es necesario, imprescindible —dijo Valerie—. Por lo demás, un hombre joven, guapo y apuesto se burló de mí. Me hizo falsas promesas de amor. Era un forastero, ¿sabe? Me dijo que regresaría, pero se marchó y se casó con otra, ahora tiene ya un hijo. Así que ya no veo ningún mal en unirme a un hombre como Lawrence que, aunque no es precisamente un Adonis, puede aportar a mi vida muchas ventajas y privilegios.

—Comprendo. Sin embargo...

—¿Qué? — preguntó.

—¿No le asusta lo que está sucediendo...? Esas misivas incomprensibles... Y Beatrix que aparece viva cuando en realidad debiera estar muerta...

—Me asusta tanto lo que sucede —repuso Valerie—, que a gusto hubiera pretextado una excusa y me hubiera ido de aquí mientras el caso no quedara debidamente esclarecido. Pero si lo hubiera hecho así —añadió la joven—, a Lawrence no le hubiera gustado, y menos aún a su padre. Considerándolo de este modo, he preferido hacerme la valiente.

—Esto siempre es elogiable —dijo Alan.

—Pero lo estoy pasando fatal —manifestó—. Apenas puedo controlarme. Mire... —y cogiendo su monedero, lo abrió y sacó de allí un tubo de pastillas —, ¿ve esto? Son sedantes. Tengo que tomarlos si quiero estar un poco relajada. Además, por las noches me resultan imprescindibles. Si no tomo un par de ellas, no me duermo. Y todo esto desde que Lawrence empezó a recibir esas misivas...

—Esperemos que pronto se aclare todo —repuso Alan.

—Confiamos en usted.

En aquel momento se oyó la voz del anciano señor Bibberman:

—Sobre todo, yo. Sí, yo más que nadie confío en usted.

Se había acercado a ambos haciendo girar silenciosamente las ruedas de su sillón.

—Procuraré no defraudarle —dijo Alan.

—Sé que no lo hará —afirmó el paralítico—. De todas maneras, espero poder intervenir... Me refiero, usted ya lo sabe, a que no me basta con que detenga al asesino. Necesito verle pagar con su vida el mal que nos ha hecho.

—Supongo que no va a servir de nada —arguyó Alan—, que yo le aconseje, que yo le ruegue que no lo haga así.

—Supone usted bien.

Acababan de sonar las campanadas del salón. Esas mismas campanadas

que a Angela, poco antes de morir, le habían parecido tétricas, casi fúnebres.

Fue en ese momento cuando se oyó el timbre de la puerta.

El mayordomo fue a abrir.

Entró un policía. Acababan de encontrar el cadáver de Joel.

—¡No! ¡No! —exclamó desesperado el anciano señor Bibberman.

CAPITULO X

A las seis de la tarde iba a ser inhumado el cadáver de Joel. En el mismo cementerio en que reposaban los restos de Angela. Y los de Beatrix... Aunque los de Beatrix, ¿realmente reposaban?

Dentro de la casa, en espera de que llegara la hora del cortejo fúnebre, todos permanecían implacablemente agobiados bajo el peso de aquella tragedia.

Precisamente por eso, Myrna se estaba esforzando porque el anciano señor Bibberman superase lo mejor posible aquellos dolorosísimos instantes. A menudo le preguntaba algo, o le ofrecía algo, o le arreglaba la manta que cubría sus piernas.

Lo mismo, aunque de otro modo, hacía Valerie con su prometido. Intentaba que la espera no resultara tan cruel.

Pero ni el anciano, ni Lawrence, daban la sensación de reaccionar. ¡Todo aquello resultaba tan abrumador y aplastante, y la vez tan horripilante y enloquecedor!

—Tómese esto, por favor —y Myrna le dio a beber el contenido de un pequeño vaso al anciano señor Bibberman.

—No, no... —con la mano rechazó el vaso.

—Obedezca, se lo ruego. De lo contrario, no estará en condiciones de ir al entierro.

—Pienso ir —afirmó con energía.

—Pues tómese esto.

—Bueno... —cedió finalmente.

Lawrence se levantó y dio unos cuantos pasos por la estancia. De ida y vuelta. Estaba pensando que la noche antes, según lo acordado, él debía haber llevado el dinero a Beatrix.

Pero no lo hizo, no fue a su encuentro. Claro que no. ¡Una y mil veces no!

Después de la muerte de Angela, creyó que hablando con Beatrix y prometiéndole el dinero solicitado, ya no existiría peligro para nadie. Así lo creyó y actuó en consecuencia. Pero se había equivocado. Después de Angela le había tocado el tumo a Joel.

No consiguió darse respuestas, ni buenas ni malas, a las desquiciadas preguntas que se estaba haciendo. Sólo acertó a decirse, de un modo desesperanzado, fatalista, que todo aquello se lo tenía bien merecido por cometer, cuatro años atrás, aquel horrible crimen. Por cometerlo y por, a pesar de sus iniciales remordimientos, haberse casi olvidado de que había sido él el autor.

Sonó el timbre.

Aún faltaba mucho para el entierro, así que Lawrence, lo mismo que su padre, se quedaron un poco asombrados. Lo cierto es que no esperaban a nadie.

Quien fuera que llamara, fue introducido por el mayordomo en la salita, una estancia no tan pequeña como sugería su denominación.

Acto seguido, el mayordomo se dirigió en busca del anciano señor Bibberman, al que dijo:

—El inspector Jerwell les espera en la salita.

Lawrence se quedó un poco cortado. También Valerie. Otro tanto puede decirse de Myrna.

—Vayamos... —dijo el anciano.

Myrna se colocó tras él, empujando el sillón. Lawrence se puso al lado de ellos.

Entraron en la salita.

Ya en el interior de dicha estancia, Alan cerró la puerta. Creía que ya estaban todos.

Claro, él no sabía que unos instantes antes Valerie se hallaba con ellos y que se había quedado rezagada, a sabiendas, premeditadamente.

Una vez la puerta cerrada, Alan empezó diciendo:

—Como verán, he venido acompañado...

Se volvieron hacia donde indicaba el inspector Jerwell, viendo que allí estaba Beatrix. En esta ocasión, vestida normalmente, como cualquier otra joven de su edad. Ya no tenía en su rostro aquella palidez cadavérica. Su aspecto era magnifico.

A Lawrence se le escapó un grito. No pudo contenerse. Posiblemente creyó que...

Alan no le dio tiempo a creer nada que pudiera dar pie a nuevas divagaciones y dijo:

—Ayer estuve yo en el cementerio. Deduje que Beatrix estaría esperando la llegada del dinero. Usted se negó a colaborar — miró a Lawrence—, pero yo me guié por mi instinto y pensé que bien mirado no iba a necesitarle. Por lo que, así que Beatrix se presentó allí, no sin tomar ciertas precauciones, yo que había tomado las mías me adelanté hacia ella, la sorprendí y sin más la detuve... Y aquí la tienen ustedes.

—Pero..., pero... —balbuceó Lawrence.

El anciano señor Bibberman se había quedado rígido en su sillón de ruedas. Sus ojos llameaban de odio.

—Sin duda se da usted cuenta —repuso Alan dirigiéndose a Lawrence— que su esposa viene con la cara lavada. Quiero con esto señalarle que cuando me la encontré llevaba el rostro embadurnado de un maquillaje casi blanco. Se

trataba de impresionarle a usted, y ese maquillaje sin duda contribuía a hacerlo. Como iba a contribuir a darle aspecto de ser que llega o sale de otro mundo, el traje largo, blanco, de amplios y vaporosos velos...

—Pero..., pero... —volvió a decir Lawrence.

—Beatrix me lo ha confesado todo —añadió Alan—. Le he dicho que he investigado en la ciudad, en el bar donde ella trabajó... Le he dicho que he hablado con sus ex compañeras... También le he dicho que en todo este asunto han habido ya dos muertes... Recientemente, dos muertes. Ha comprendido que el asunto está mucho más feo de lo que creía y ha decidido colaborar. Así que, lo dicho, Beatrix me lo ha confesado todo.

—¿Todo...? —inquirió Lawrence, y notó que su corazón se ponía a bombear de un modo desaforado, mientras una vez más se sentía inundado de sudor.

—Hable usted —dijo Alan dirigiéndose a Beatrix—. Es la protagonista de esta historia. Al menos —puntualizó— la protagonista de esta parte de la historia. En consecuencia, nadie mejor que usted para relatar los hechos. Puede empezar cuando quiera.

Pero antes de que así lo hiciera, Alan se dirigió al anciano señor Bibberman. Al que hasta aquel momento había vigilado por el rabillo del ojo.

—Deje tranquila su pistola. Limítese a escuchar.

Luego se volvió hacia Beatrix y se quedó pendiente de sus palabras, que no tardarían en llegar.

* * *

—Me casé contigo, Lawrence, porque estaba harta de la vida que llevaba y porque tú significaste para mí un bienestar económico que ni siquiera podía haber soñado. De todos modos, me casé dispuesta a serte fiel, a portarme como una buena esposa. Pero conocí a un hombre y me enamoré de él. Por primera vez en mi vida, me enamoré de verdad. Por lo que a él respecta, también sintió por mí un amor profundo y sincero. Me propuso que huyéramos juntos.

Beatrix se detuvo unos segundos.

Luego prosiguió:

—Me tentaba la idea de abandonarte y de irme con aquel hombre, pero te tenía miedo. Te veía capaz de reaccionar violentamente... Y fue precisamente por aquellos días, cuando una tarde, al salir a pasear por el bosque, tuve un encuentro inesperado. No, no me estoy refiriendo a Brian Norton, el guardabosques, si no a mi hermana Elizabeth... Porque yo tema una hermana gemela, aunque nunca te lo había dicho. Con muy pocas personas me hacía

sincerado en tal sentido, pues mi hermana estaba en la cárcel por haber participado en un atraco, y me resultaba bochornoso referirme a ella.

—Pero con una de sus compañeras de oficio, de trabajo —intercaló Alan mirando a Beatrix—, se sinceró en una ocasión, ¿no es así? Pues por esa compañera yo he sabido... Pero, prosiga, la escuchamos...

—Como decía —continuó Beatrix—, una tarde, al salir a pasear por el bosque, me la encontré. Ya había cumplido su condena y acababa de enterarse de la buena boda que yo había hecho. Se apresuró a decirme que no tenía intención de complicarme las cosas, pero me rogo que la ayudara. Si le daba una aceptable cantidad de dinero, se esforzaría por rehacer honestamente su vida. Me dijo, seguidamente, que en la ciudad había conocido a un tal Brian Norton y que se había enamorado. Me quedé parada. Sabía perfectamente que ése era el nombre de nuestro guardabosques.

Se interrumpió de nuevo.

Y de nuevo, asimismo, prosiguió:

—Elizabeth ya sabía que era nuestro guardabosques. Así que, luego de hablar conmigo, corrió hacia la cabaña y allí se reunió con él. A partir de ese momento yo me esforcé en buscar el dinero que necesitaba dar a mi hermana. Pero dar esa cantidad no iba a resultarme sencillo, eso iba a requerir su tiempo. Mientras tanto, Elizabeth y el guardabosques se iban viendo y haciendo planes para su futuro. Yo temía que el guardabosques hablara de más y que todos se enteraran que yo tenía una hermana que había estado en la cárcel acusada de un atraco a mano armada. Pero no, Brian Norton guardaba silencio y todo iba bien de momento.

Beatrix se interrumpió otra vez. Pero sabía que tenía que decirlo todo, no le quedaba otra alternativa, así que no se hizo rogar.

—Mi hermana empezó a impacientarse. Tal vez creía que yo le estaba dando largas al asunto. De ello, sin duda, que cierta noche llegara hasta aquí y me buscara para decirme que le urgía el dinero. Yo me sobresalté al verla en esta casa, pero afortunadamente nadie la había visto y Lawrence, por otra parte, no estaba... Bueno, esto es lo que yo suponía. La verdad es que habían corrido rumores y que sospechaba de mí. Creía que el guardabosques era mi amante. Y precisamente esa noche me estaba espiando. Así pues, cuando Elizabeth salió de la casa con mi promesa de que no tardaría en tener el dinero que me había pedido, Lawrence la siguió... Yo me di cuenta del hecho y, asustada, asustadísima, les seguí a mi vez. Desgraciadamente, no llegué a tiempo de evitar aquel horror...

La voz se había alterado. El recuerdo de aquel crimen resultaba, incluso cuatro años después del hecho, demasiado incisivo, excesivamente punzante y agresivo.

Lawrence por su parte había comprendido que el relato estaba llegando a su fin. Lo que significaba, fatal e inevitablemente, que él ya no tenía escape.

De un momento a otro su crimen quedaría al descubierto.

Desde luego, el inspector Jerwell ya sabía de qué iba. Bastaba mirarle y ver cómo a su vez le miraba, para convencerse de ello.

¿Qué podía hacer él en tales circunstancias? Lawrence se lo preguntó una vez más. Se lo preguntó otra. Nada. No podía hacer nada. Estaba al borde del precipicio, ya con un pie en el insondable vacío.

Beatrix continuó su narración:

—Cuando llegué a la cabaña mi hermana había sido asesinada a hachazos... Lawrence había perdido la cabeza y...

—¿Qué...? ¿Cómo...? —y el anciano señor Bibberman empezaba a comprender aquella terrible verdad.

—Sí —dijo Beatrix—, fue su hijo quien la mató, confundiéndola conmigo. Y yo pude delatarle, pero pensé que era aquélla sin duda mi oportunidad. Si hacía que todos creyeran que yo era la muerta, podría huir con el hombre que amaba, podría hacerlo tranquilamente. Por lo demás, si delataba a mi marido, ¿me creerían? No estaba segura de ello. Así que decidí pensar exclusivamente en mí misma... Y lo hice, y he vivido cuatro años con el hombre que significaba y sigue significándolo todo para mí.

—El mismo hombre que la otra noche —intercaló de nuevo Alan— salió a mi encuentro y me plantó cara, ¿no? Pretendía que no siguiera a la figura blanca, de amplios y vaporosos velos. Pretendía que yo no pudiera seguirle los pasos. He de admitir que lo consiguió.

—Sí, fue él quien lo hizo —reconoció Beatrix—. En realidad, nos estábamos ayudando uno al otro, pretendiendo llevar a buen término nuestro plan. ¿Cuál era éste...? Supongo que después de lo dicho, resulta Fácil adivinarlo. Conseguir una buena cantidad de dinero y...

—¿Fuiste tú, Lawrence, quien la mató a hachazos? —y el anciano señor Bibberman no terminaba de asimilar la idea, el horror más espantoso se desbordaba de su ser.

—Sí, sí... —murmuró Lawrence—. Me cegué... No supe lo que hacía... Vi el hacha y...

El corazón de Lawrence seguía bombeando de modo desaforado, o mejor dicho, ahora lo hacía de una forma realmente descompasada, ciertamente alarmante. Ya no sudaba.

—Mi amante y yo decidimos, de eso ya hace poco, regresar aquí y hacerle creer a Lawrence que los muertos no siempre siguen muertos del todo —prosiguió diciendo Beatrix—. Con un maquillaje muy pálido y un vestido blanco, de amplios y vaporosos velos, y apareciendo en el cementerio como si acabase de salir de mi tumba... Antes, claro, le habría escrito las misivas... Todo eso terminaría inquietándole, alterándole, sacándole de quicio... No, no sería fácil que me negara el dinero cuando se lo pidiera... Pero yo no contaba

con que hubiera muertes auténticas... De saber que el asunto se iba a poner tan feo, hubiera permanecido al margen... Tampoco contaba con un inspector como usted, señor Jerwell.

—Hay que contar con todo —puntualizó Alan—. De lo contrario, siempre se corre el peligro de acabar abocado en el peligro.

—Pero, ¿quién ha matado a mi hija Angela y a mi hijo Joel? — preguntó el anciano señor Bibberman, ya no sabiendo qué pensar.

—Valerie —Alan pronunció el nombre sin vacilaciones—. Debió pensar que, puesto que Beatrix surgía del otro mundo y confundía a todos con su insólita y pavorosa aparición, y puesto que por lo demás amenazaba con matar, ella podría desenvolverse fácilmente por su cuenta... Debió pensar —repitió— que si mataba a Angela y a Joel su futuro marido sería mucho más rico... Pero la jugarreta le ha fallado. En realidad —agregó Alan—, no necesité demasiado para sospechar de ella. Una simple y vulgar casualidad empezó por si sola a recomponer la madeja que tan enmarañada aparecía... Me explicaré, me enteré que el forastero joven, guapo y apuesto que hace un tiempo estuvo aquí y enamoró a Valerie, seguía soltero... Y Valerie decía que se había burlado miserablemente de ella... ¿Por qué lo decía así, si no era cierto? ¿Por qué mentía..? Tenía que haber una razón... La encontré pronto, aunque pensé, en un principio, que podía tratarse de un planteamiento erróneo... Pero no, he acertado... Y he podido convencerme de ello conforme se han ido desarrollando los acontecimientos... Para casarse con Lawrence Bibberman, el forastero sobraba de su vida. Así que, dijo que le había abandonado y de este modo, aparentemente, todo acabó entre ellos. Pero, claro, ella y él tenían su plan conjunto... Como por su lado lo tenían Beatrix y su amante... En el caso concreto de Valerie, primero eliminaría a los hermanos de Lawrence, después se casaría con éste, el dueño de toda la fortuna, y luego ya se las arreglaría para eliminarle a su vez. A una mujer capaz de matar en dos ocasiones, no iba a faltarle la imaginación para hacerlo una tercera.

—Entonces —puntualizó el anciano señor Bibberman—, mi hijo mató a la hermana gemela y Valerie es quien ha matado a mis hijos.

—Sí —afirmó Alan. Esta vez añadió—: Ahora voy a ir a buscar a Valerie, sin duda estará en su casa. Voy a detenerla. Tendrá que responder de los cargos que se le imputan.

—Si Valerie estaba aquí... —murmuró Lawrence—. Cuando ha llegado usted, estaba aquí con nosotros...

—Pero ¿dónde está ahora? —inquinó el anciano señor Bibberman, llameando de odio sus ojos—. ¿Dónde...?

Lawrence pensó que Valerie debía haber estado escuchando tras la puerta de la salita y que al verse descubierta se habría escapado de la casa lo más rápidamente posible,

Pero Lawrence, que por su parte esperaba ser detenido de un momento a

otro, no dijo nada. Acababa de sentir un dolor agudísimo en el pecho. Y tuvo la sensación, más que nunca, de estar al borde mismo de un colapso mortal.

El inspector Jerwell se había dirigido sin dilaciones hacia el teléfono, descolgándolo y discando unos números. A continuación, habló en estos términos:

—Vigilen todas las posibles salidas del bosque. Orden de detención contra Valerie...

En aquel preciso instante, Lawrence soltó un quejido, mientras se llevaba las manos al pecho y engarfiaba los dedos. Esta vez, su sensación de colapso mortal no le engañó.

Detenido su corazón de un modo fulminante, su orondo cuerpo cayó desplomado al suelo.

Muerto.

CAPITULO XI

Durante el entierro, Myrna no se separó ni un solo instante del anciano señor Bibberman. Estaban metiendo en la tumba el cadáver de su hijo Joel, mientras en la casa yacía el de su hijo Lawrence, y comprendía toda la terrible e insoportable carga de sufrimiento que debía estar zahiriéndole.

En pocos días había perdido a sus tres hijos, pues no había que olvidar que Angela también había muerto, y por lo demás, ahora sabía que uno de ellos había sido un asesino. Todo aquello debía resultar, evidentemente, muy difícil de soportar.

Pero el señor Bibberman había de demostrar que a pesar de su quebranto, de su hundimiento físico y moral, aún le quedaban arrestos para algo. De ello que a menudo se volviera hacia Myrna, preguntándole:

—¿Ha detenido ya a Valerie?

—Todavía no.

La respuesta de la muchacha no podía ser otra. Por el momento estaba resultando totalmente infructuosa la búsqueda de la policía.

Cuando la comitiva del entierro se hubo dispersado, Myrna siguió junto al anciano señor Bibberman. Comprendía que deseara quedarse en el cementerio un rato más.

No muy lejos estaba la tumba de Beatrix, bueno, la de su hermana gemela. Un poco más cerca la de Angela. Frente a ellos la de Joel. En la tumba de la izquierda, al día siguiente, cuando ya hubieran transcurrido las estipuladas veinticuatro horas, sería metido el cuerpo de Lawrence. Y lo cierto es que el anciano miraba de un modo morboso hacia la tumba más alejada, vacía, donde sabía que sería enterrado él cuando falleciera. Lo que sin duda no tardaría en suceder. Estaba ya cansado de vivir. Sólo deseaba poder descansar de una vez.

Esa tumba, la que estaba reservada al señor Bibberman, tenía la losa puesta. Aunque simplemente colocada, meramente ajustada. Por lo demás, como es lógico, no había allí ninguna inscripción.

El señor Bibberman había adquirido aquellas cinco tumbas hacía ya años. Pero nunca creyó que fueran a ser ocupadas de un modo tan precipitado y aterrador.

—Señor Bibberman, sería mejor que regresáramos —le dijo Myrna pasados unos instantes—. Se está haciendo de noche.

—Sí, sí —asintió.

La muchacha condujo el sillón de ruedas hacia el coche, que había quedado aparcado relativamente cerca de allí.

Ya el señor Bibberman en el interior del vehículo y su sillón de ruedas plegado y metido también dentro, Myrna se puso al volante del coche.

Hasta entonces, siempre que iban en coche de un lugar a otro, Angela, Joel o Lawrence eran quienes se ponían al volante. Pero los tres habían muerto, así que la muchacha se había ofrecido para ser ella la que condujera.

Apenas puso el coche en marcha, el señor Bibberman le preguntó:

—¿Habrán detenido ya a Valerie...?

—El inspector Jerwell ha dicho que nos informará así que sepa algo — le contestó la muchacha.

—Espero que lo haga.

—Claro que sí.

—Estoy impaciente porque llegue ese momento —dijo el anciano señor Biberman, y había tal odio en sus ojos que estremecía mirarle.

—Lo comprendo, señor —dijo la muchacha.

Poco después abandonaban el cementerio.

Dejando atrás el silencio y la muerte.

¿Qué otra cosa puede dejarse en un cementerio donde los cuerpos, ya inmóviles para siempre, se corrompen día a día y acaban convirtiéndose en polvo?

Pero no, la verdad es que no sólo dejaron atrás el silencio y la muerte.

Allí en el cementerio quedaba un ser con vida.

Valerie.

* * *

Valerie había escuchado tras la puerta de la salita y al verse descubierta había huido precipitadamente de la casa.

Su intención fue cruzar el bosque, no hacia la carretera que llevaba a la cercana localidad de Creenwing, sino hacia la parte opuesta, y despistar así a sus posibles perseguidores. Pero cuando llegó a aquel lugar se encontró con la desagradable sorpresa de que la policía se encontraba allí e interceptaba la salida.

Retrocedió sobre sus propios pasos e intentó salir del bosque por otro sitio. Sin embargo, tampoco esta vez pudo conseguir lo que se proponía También se hallaba allí la policía.

Comprendió que el bosque estaba rodeado y que los hombres del inspector Jerwell interceptaban y taponaban todas las salidas. Así que llegó a la conclusión de que, de momento al menos, tenía que desistir de su idea de salir de allí.

Lo mejor que podía hacer era permanecer escondida el máximo de tiempo posible. La policía terminaría convenciéndose de que ella no estaba

allí, dejaría los caminos expeditos y entonces tendría la oportunidad de escapar.

En eso, Valerie vio el cortejo fúnebre. Se dirigía al cementerio. Recordó que para aquella hora estaba concertado el entierro de Joel.

Mascullló entre dientes, con rabia. Muerta Angela y Joel, todo hubiera sido para ella un camino de rosas a no ser por el inspector Jerwell. ¡Maldito policía, en mala hora había llegado para hacerse cargo de aquel caso!

Cuando vio que finalizaba el entierro y que todos se iban, amigos, conocidos, y también el anciano señor Bibberman con Myrna al volante del coche, pensó que, bien mirado, el mejor lugar que podría encontrar para esconderse era precisamente ese, el cementerio.

Valerie no se preguntó por qué no había visto a Lawrence entre los componentes de la comitiva. Oyó lo suficiente a través de la puerta de la salita para no dudarlo, debía estar detenido. No se le ocurrió pensar, como es lógico, que pudiera haber muerto de un colapso cardíaco.

Ella, por descontado, nunca imaginó que Lawrence pudiera haber cometido aquel crimen. Jamás le cruzó esa idea por el pensamiento. No cabe duda, de haber llegado a ser mando y mujer, hubieran hecho una buena pareja. No hubieran tenido nada que reprocharse uno al otro.

Lo dicho, se escondió en el cementerio. Así nadie la encontraría. Y terminaría burlando a sus perseguidores.

CAPITULO XII

Durante la noche, Valerie había sentido mucho frío. El abrigo que llevaba apenas le había producido un tenue calor.

Estuvo agachada, encogida, bajo una gran cruz de piedra. En ese lugar no daba tanto el aire.

Nunca había sido miedosa. Al menos nunca había creído serlo.

Pero aquella noche, rodeada de muertos y de fuegos fatuos, se le puso la carne de gallina. Su único consuelo había estribado en abrir el monedero y en sacar cigarrillos, fumándolos con fruición.

Apenas durmió un par de horas, despertándose con un pequeño grito al ver dónde se hallaba.

Acabó dándose cuenta de que sentía el estómago vacío y de que hubiera dado cualquier cosa por un bocadillo.

Pro no podía cometer errores, ni dejarse arrastrar por precipitaciones que podían conllevar riesgos. Seguiría en el cementerio, escondida, sin que nadie la viera, y sólo saldría del bosque cuando pudiera hacerlo con la impunidad deseada.

Le había cegado la ambición. Con el dinero de Lawrence, sólo con su dinero, debía haberse conformado. De hacerlo así, ahora no se vería en aquel aprieto. Pero el forastero del que ella se había enamorado deseaba ser rico, cuanto más rico mejor. Así que ella le propuso aquel asunto, convencida de que todo había de salir bien.

Mientras iba pensando en todo esto, a Valerie le fueron pasando las horas.

Aunque muy lentamente.

Transcurrió la mañana y llegó la tarde.

En determinado momento, vio que iba a llevarse a cabo un nuevo entierro. La comitiva se acercaba ya. Estaban ya muy cerca.

Valerie no reparó en que el anciano señor Bibberman iba dentro de uno de aquellos coches. De haberlo hecho, quizá hubiera sacado sus propias conclusiones.

Como fuera, pensó que debía esconderse, irse hacia donde no fuera vista por nadie. De ello que, sin saber hacia dónde retrocedía, sus pasos la llevaron hacia las tumbas propiedad de los Bibberman.

Y fue entonces, ya en aquel lugar del cementerio, cuando se dio cuenta de que era allí, exactamente, hacia donde se dirigía la comitiva de aquel nuevo entierro.

Decidió escabullirse por el otro lado, pero cuando quiso hacerlo vio que se acercaba alguien y comprendió que tampoco podía aventurarse por allí.

En tales circunstancias, dándose cuenta de que iba a ser descubierta, ¿qué

podía hacer? ¿Qué salida le quedaba? ¿Qué alternativa factible seguía a su alcance?

Sólo una.

Que de antemano le hizo sentir escalofríos.

Sólo una.

Que puso estertores y espasmos en su cuerpo.

Sólo una.

Espeluznante, espantosa...

Sólo una.

Pero todo era preferible a dejarse ver por el anciano señor Bibberman. A quien acababa de reconocer a través de la ventanilla de uno de aquellos coches.

Sabía que si aparecía ante él, su suerte estaba echada, sentenciada. El señor Bibberman sacaría su pistola, apretaría el gatillo y la llenaría de plomo.

Lo dicho, sólo tenía una salida.

Se dirigió a la tumba reservada al anciano Bibberman. Ella sabía de sobras cuál era. El anciano había hablado en más de una ocasión de que era allí, en aquella tumba, precisamente en aquella tumba, donde deseaba ser enterrado.

Valerie se agachó y cogió la losa apartándola de su sitio. Pesaba mucho, pero no le faltaron fuerzas. Y una vez hubo quedado un espacio de sitio suficiente, se metió dentro, volviendo a colocar la losa en su sitio.

Cuando el entierro hubiera finalizado y todos se hubiesen ido, ella levantaría la losa y saldría.

Desde luego, había sido aquélla la mejor solución.

Sin embargo...

Resultaba horrible, pavoroso, estar metida en aquel lugar. Parecía que no tenía que ser para tanto. Pero lo era. Y estaba sintiendo una angustia espantosa, mientras notaba cómo la sangre recorría tumultuosamente sus venas. En cuanto a las palpitaciones de su corazón, latían tan fuertes que era como si todo el mundo fuera a oírlas.

Era ella, no obstante, quien oía a los que acababan de acercarse a aquel lugar. Si bien algunas de aquellas voces le llegaban convertidas en un murmullo casi ininteligible.

La oscuridad más absoluta reinaba a su alrededor. Pero pensó que, cuando se habituara a aquellas sombras, quizá entonces viera algo. Ojalá fuera así. Aquello era para enloquecer a cualquiera.

Pero, bueno, no tenía que ponerse nerviosa. El entierro acabaría pronto, todos se irían y ella saldría tranquilamente de allí. Por eso le bastaría empujar la losa; que aunque muy pesada, no tardaría, como era lógico y natural, en

ceder a la fuerza con que ella la impulsaría.

* * *

El anciano señor Bibberman se había acercado con su sillón de ruedas hasta la tumba donde iba a ser metido el cuerpo sin vida de su hijo Lawrence. Myrna había quedado a su lado.

—Quisiera morirme —murmuró desoladamente el señor Bibberman—. Pero no, todavía no... —se corrigió sí mismo—. Antes he de saber que ton detenido a Valerie...

Myrna no dijo nada, pero vio tan quebrantado al anciano, que no pudo evitar el pensamiento de que aquella otra tumba, la vacía, no tardaría también en estar ocupada.

—Myrna... —se volvió hacia la muchacha.

—Dígame, señor Bibberman.

—¿Seguirá a mi lado? — le preguntó—. Si me deja, no sé qué va a ser de mí...

—No se preocupe por eso, señor Bibberman, yo no me separaré de su lado —le aseguró ella.

—Se lo agradezco. Desde luego, no será necesario que me conceda mucho tiempo. Después de todo este sufrimiento, mi vida ya no puede durar.

El ataúd fue metido en la tumba. Hecho lo cual, los sepultureros se dirigieron hacia la losa que había de taponar aquello.

* * *

Valerie seguía sin ver nada a su alrededor.

Por lo demás, le hacía la sensación de que aquel entierro estaba durando horas.

¿Cómo era posible que todavía estuvieran allí? ¿No iban a acabar nunca? ¿Tanto rato hada falta para enterrar a una persona?

Se notó tan nerviosa, tan agitada, que comprendió que a gusto se pondría a gritar. Aquel encierro resultaba insoportable, insufrible. Se estaba pidiendo a sí misma un esfuerzo mayor, mucho mayor de lo que se había supuesto.

Recordó que tenía un frasco de sedantes en el monedero. Pensó que debía tomarse uno. Así se tranquilizaría, se serenaría. Buena falta le estaba haciendo.

Llevaba el monedero colgado del hombro, así que pronto dio con él y

pudo abrirlo.

Metió la mano y tanteó en su interior. Sí, en seguida dio con el frasco de pastillas. Cogió una y se la metió en la boca.

Consiguió tragársela.

Ahora los nervios se le pondrían en su sitio. Seguro que sí. Tenía que habérsele ocurrido antes.

* * *

—He perdido mis tres hijos —musitó el anciano señor Bibberman—. Ha sido este golpe demasiado duro para un padre. Además, me he enterado de lo que Lawrence hizo... Lo tenía por tan bueno...

—No se torture más, señor Bibberman —suplicó Myrna.

Los enterradores habían colocado la losa y ahora estaban taponando con cemento sus junturas. Dentro de poco todo estaría hecho.

* * *

Valerie notó que sus nervios estaban a flor de piel y que seguía sintiendo deseos de gritar. ¡Aquella siniestra oscuridad estaba trastornándola, perturbándola, desquiciándola!

Sería mejor que se tomara otro sedante. El primero no le había hecho efecto.

Volvió a tantear el bolso y de nuevo dio con el frasco de las pastillas.

Se llevó otra a la boca, tragándosela como mejor pudo hacerlo.

Pero se dijo que quizá fuera preferible que tomara una tercera pastilla. De este modo aseguraría que los nervios no acabaran traicionándola. Esto era lo primordial.

Se llevó la tercera pastilla a la boca. En el preciso momento que oía decir a uno de los sepultureros:

—Ya está. ¿Desea algo más de nosotros, señor Bibberman?

—No, gracias —oyó responder al anciano. Quien a continuación había de añadir, sin duda dirigiéndose a su joven enfermera—: Deseo quedarme aquí hasta que empiece a declinar el día. Pero usted puede irse...

Valerie pensó que, afortunadamente, había tenido la idea de tomarse los tres sedantes. Cuyos efectos ya notaba. Ya no sentía deseos de gritar y había dentro de ella un relajamiento muy agradable.

De no haberse tomado los sedantes, seguro que sus nervios hubieran estallado poniéndose a gritar desaforadamente, delatando su presencia allí dentro. Lo que hubiera significado, en el mejor de los casos, ser detenida y juzgada. Y ella había matado, por estrangulamiento, a dos personas. La justicia hubiera sido severa con ella.

En fin, ahora se trataba simplemente de ser paciente, de esperar que pasara el rato y de que el día empezara a declinar. Hasta entonces, a juzgar por lo que había oído, no podía hacer otra cosa que seguir encerrada.

Pero, bueno, ahora estaba mucho más serena y todo resultaría, en consecuencia, mucho más tolerable.

* * *

—Prefiero quedarme a su lado, señor Bibberman —dijo Myrna.

—No, no —movió negativamente la cabeza el anciano. Y había de añadir —: Deseo quedarme solo, necesito quedarme solo.., Hágase cargo, me hará bien llorar... Y no quiero llorar delante de nadie, si siquiera de usted... Han muerto las tres personas que yo más quería, ahora ya nada tiene sentido para mí... Váyase, por favor...

—Como usted desee, señor Bibberman —contestó Myrna—, Pero no me alejaré mucho de aquí...

—Sí, sí —insistió el anciano—. Quiero que se aleje.

—Pero...

—Vuelva dentro de una hora. Entonces regresaremos juntos. Por favor...

—De acuerdo —cedió finalmente la muchacha, sinceramente compadecida de aquel hombre que parecía carecer de alientos incluso para respirar.

Pero así que Myrna se alejó en el coche, el señor Bibberman cambió de actitud.

Lo primero que hizo fue incorporarse en su sillón de ruedas. Luego alzó la voz.

—¡venga...! ¡Venga...! —llamó.

Se había dirigido a uno de los sepultureros, el cual se hallaba bastante alejado de aquel lugar. De ello que se hubiera visto obligado a alzar la voz todo lo que pudo.

—¿Es a mi...? —inquirió el sepulturero desde donde se hallaba.

—Sí —contestó el anciano.

El sepulturero dejó el trabajo que estaba haciendo y se dirigió hacia allí. Al llegar preguntó:

—¿Qué desea, señor Bibberman?

—Esa es mi tumba —dijo el anciano, señalándosela—. Mejor dicho, ésa será mi tumba cuando yo muera. Y de pronto se me ha ocurrido pensar que, con la losa así puesta, simplemente colocada, meramente ajustada, si llueve quizá se moje el interior... No me gustaría que eso sucediera... Ya sé que son manías de viejo... Pero, por favor, tápeme con cemento sus junturas... Como ha hecho antes con la tumba de mi hijo... Hágame ese favor, se lo ruego... —y el anciano le ofreció unos billetes.

Brillaron los ojos del sepulturero. Jamás en su vida había recibido una propina como aquélla.

—Muchas gracias, señor Bibberman —dijo—. ¡Ahora mismo se lo hago!

* * *

¡Ahora mismo lo hago!

Las palabras habían retumbado en los oídos de Valerie. De un modo siniestro, macabro, pavoroso...

Acababa de darse cuenta de lo que aquello significaba.

Y consciente de que cualquier cosa, incluso ser agujereada a balazos, era preferible mil veces a la tenebrosa perspectiva de quedar allí encerrada, no lo dudó, no pudo evitarlo, decidió gritar.

Pero los sedantes habían hecho efecto. Demasiado efecto. Sentía una terrible somnolencia, una espantosa laxitud, una absoluta falta de fuerzas. Y no sólo de fuerzas, sino de impulsos, de reflejos, de resortes sensitivos, así que abrió la boca para gritar y de su garganta no salió voz alguna.

Entonces quiso alzar los brazos y mover la losa. Si había tenido fuerzas para colocarla, tenía que tenerlas para retirarla.

Pero no pudo alzar los brazos. Estos siguieron inmóviles, caídos a lo largo del cuerpo.

Sentía un sueño terrible, incontenible, que le arrastraba inexorablemente hacia una total y absoluta inconsciencia.

Hizo un nuevo esfuerzo por gritar, por delatar su presencia allí.

Abrió la boca y sus cuerdas vocales, agarrotadas, dormidas, siguieron sin responderle.

«Si me duermo ahora —pensó, su cerebro aún no estaba del todo embotado—, cuando me despierte el cemento que el sepulturero haya puesto en las junturas ya se habrá secado...»

* * *

El señor Bibberman le dijo al sepulturero que lo había hecho muy bien.

—Ya sé que son manías de viejo... —se justificó de nuevo..

Cuando se quedó solo, una sonrisa extraña distendió sus labios.

—No protesta... No alza la voz —musitó—. Parece extraño... Como sea, si ella lo prefiere así...

Siguió en su sillón de ruedas, sin moverse, pendiente de si oía algo.

No oyó nada.

Terminó escuchando, eso sí, la voz de Myrna:

—Señor Bibberman, vengo a buscarle. Ya ha pasado una hora.

—¿De veras? —se sorprendió el anciano, y miró su reloj de pulsera—. Sí, es verdad,.. Qué aprisa pasa el tiempo...

—Empieza a oscurecer y hace frío. Es mejor que regresemos, señor Bibberman.

—De acuerdo —dijo el anciano tras echar una ojeada al cemento colocado en las junturas de «su tumba» y ver que se hallaba ya totalmente seco.

CAPITULO XIII

Valerie despertó.

Por un momento creyó que estaba en su blanca y confortable cama de siempre. Pero no era allí donde se hallaba, sino en el interior de una tumba.

Se había dormido. Sin poder evitarlo. Por culpa de los sedantes ingeridos.

Bueno, ahora ya estaba despierta y saldría de aquella tenebrosa y espeluznante oscuridad. Sería sencillo.

Se le pusieron los pelos de punta. Acababa de recordar lo que el señor Bibberman había pedido que hiciera el sepulturero.

Alzó los brazos y colocó las palmas de las manos en la losa, impulsando ésta hacia arriba.

La losa no se movió ni un ápice.

Volvió a intentarlo, esta vez con todas sus fuerzas.

Nada. La losa seguía imperturbable.

Hizo un nuevo esfuerzo, y luego otro, y otro más, y tampoco consiguió nada. Absolutamente nada.

Entonces se puso a gritar. Fuerte. Muy fuerte.

—¡Socorro...! ¡Socorro...!

Pero su voz se detenía, se amontonaba en aquella oscuridad, y daba la sensación de no salir fuera.

Aunque debía salir, si bien muy contenida, muy amortiguada. Sin embargo, ¿quién iba a oírla?

Intentó de nuevo levantar la losa. Al menos moverla algo, aunque sólo fuera unos centímetros.

Imposible.

Redobló sus fuerzas, sus esfuerzos.

Todo inútil.

—¡SOCORRO...! ¡SOCORROOOO...!

CAPITULO XIV

Habían transcurrido un par de semanas.

El inspector Jerwell acababa de presentarse en la casa para hacer saber al señor Bibberman que seguían sin detener a Valerie. Pero la detendrían, pues le constaba que sus hombres habían bloqueado perfectamente todas las posibles salidas del bosque.

—Siendo así, no ha podido huir, esto es incuestionable —dijo—. Seguiremos...

—Han pasado ya muchos días —repuso Myrna—. Y sin comida...

—Puede decir a sus hombres que se retiren de donde están — repuso entonces el señor Bibberman.

—¿Cómo dice...? —inquirió Alan sin comprender.

—Ya todo es inútil —contestó el anciano—. No conseguirán detener a Valerie.

—Yo estoy convencido de que sí.

—¿Acaso se detiene a los muertos?

—¿Cómo dice...? —volvió a inquirir Alan.

—Valerie ya no está en el mundo de los vivos —sentenció el anciano—. Es ya una más en el reino de los muertos. La encontrarán metida en mi tumba, sin haber podido salir, pues yo hice que el sepulturero taponara la losa con cemento. Yo vi moverse la losa, ¿sabe?, y comprendí que ella se había escondido allí.

Apenas dicho esto, el anciano sacó la pistola de debajo de la manta que cubría sus piernas, y sin más, con una indiferencia gélida, glacial, se la colocó en la sien y se levantó la tapa de los sesos.

El inspector Jerwell estrechó contra su pecho el tambaleante cuerpo de Myrna.

FIN



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España